

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
VICTORIA OCAMPO

NOVIEMBRE DE 1946

AÑO XV

BUENOS AIRES

STAR

THE
PUBLISHED BY
VICTORIA, OREGON

PRINTED BY
THE

S U M A R I O

G E O R G E O R W E L L
*JAMES BURNHAM Y LA REVOLUCIÓN
DE LOS DIRECTORES*

R A F A E L A L B E R T I
MUSEO DEL PRADO

J O R G E L U I S B O R G E S
EL MUERTO

M A R Í A R O S A O L I V E R
A PROPÓSITO DE CANTINFLAS

D O C U M E N T O S
J E A N B L O C H - M I C H E L
LA GESTAPO EN PARÍS

H. Z Y L B E R G E R
*EL TRÁGICO FIN DE LAS TRES
HERMANAS DE KAFKA*

N O T A S

LIBROS ☆ Arturo Havaux: "Tierra nueva", por *E. G. L.* ☆
J. R. Wilcock: "Paseo sentimental", por *César Rosales* ☆
Juan Larrea: "El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mun-
do", por *César Fernández Moreno* ☆ *Mika Etchebe-*
here: Itinerario de postguerra ☆ Organización de
las Naciones Unidas para la educación, la
ciencia y la cultura ☆ MÚSICA ☆ *Daniel*
Devoto: Manuel de Falla ☆ *Alberto*
Ginastera: Las orquestas sinfónicas
en los Estados Unidos.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

OF LINCOLN'S INN

ESQ.

IN TWO VOLUMES.

THE SECOND VOLUME.

LONDON,

Printed by J. Sturges,

at the Sign of the Sun,

in St. Dunstons Church-yard,

near St. Pauls Church.

1704.

Printed by J. Sturges,

at the Sign of the Sun,

in St. Dunstons Church-yard,

near St. Pauls Church.

1704.

JAMES BURNHAM Y LA REVOLUCIÓN DE LOS DIRECTORES

El libro de James Burnham, *The Managerial Revolution*, produjo gran conmoción, cuando se publicó, lo mismo en los Estados Unidos que en Inglaterra, y tanto se ha debatido su tesis esencial, que no será necesaria una prolija exposición de ella. La tesis de Burnham, expuesta con la mayor brevedad posible, es la siguiente:

El capitalismo va desapareciendo, pero el socialismo no lo sustituye. Lo que ahora surge es una nueva especie de sociedad centralizada, sujeta a plan preestablecido; una sociedad, que no será capitalista ni tampoco democrática, en ninguno de los sentidos aceptados de esta palabra. Los gobernantes de esta nueva sociedad serán aquellas personas que dirigen realmente los medios de producción: gerentes del alto comercio, técnicos, burócratas y soldados, todos ellos englobados por Burnham bajo el nombre de "directores" (*managers*). Estas gentes eliminarán a la vieja clase capitalista, aplastarán a la clase trabajadora y organizarán la sociedad de tal manera que la suma del poder y todos los privilegios económicos estarán firmemente en sus manos. Los derechos de la propiedad privada serán abolidos, pero sin que esto signifique el establecimiento de la propiedad colectiva. Las nuevas sociedades "técnicas" no consistirán en una taracea de pequeños estados independientes, sino que darán lugar a la formación de grandes superestados agrupados alrededor de los centros industriales más importantes en Europa, Asia y América. Estos superestados lucharán entre sí por

la posesión de aquellas partes de la tierra que aún hayan permanecido libres, pero lo más probable es que ninguno logre conquistar a otro por completo. En lo que respecta a su estructura interna, estas sociedades no serán igualitarias, sino jerárquicas, con una aristocracia del talento en lo alto y una masa de semiesclavos debajo.

En *The Machiavellians*, su libro siguiente, Burnham desarrolla y modifica también su afirmación originaria. La mayor parte del libro es una exposición de las teorías de Maquiavelo y de sus discípulos modernos: Mosca, Michels y Pareto; a éstos agrega Georges Sorel, el escritor sindicalista, cuya inclusión no resulta del todo convincente. Lo que a Burnham más le preocupa es demostrar que nunca ha existido una sociedad democrática y que, por lo que podemos ver, nunca existirá. La sociedad es, por su misma naturaleza, oligárquica, y el poder de la oligarquía reposa siempre sobre la fuerza y el fraude. No niega Burnham que las buenas intenciones puedan ser eficaces en la vida privada, pero sostiene que la política consiste en la lucha por el poder, y nada más. Todos los cambios históricos se reducen finalmente a la sustitución de una clase gobernante por otra. Toda la charla acerca de democracia, libertad, igualdad, fraternidad, todos los movimientos revolucionarios, todos los ensueños de utopías, o de "sociedad sin clases", o de "Reino del Cielo sobre la tierra", son patrañas, aunque no necesariamente conscientes, que encubren las ambiciones de alguna nueva clase que pugna por abrirse paso hacia el poder. Los puritanos ingleses, los jacobinos, los bolcheviques no fueron, en cada caso, sino unos codiciosos del poder que utilizaron las esperanzas de las masas a fin de conquistarse para ellos mismos una posición privilegiada. A veces es posible alcanzar el poder y mantenerse en él sin echar mano a la violencia, pero nunca se puede prescindir del engaño, porque es necesario

utilizar las masas y éstas no cooperarían si supiesen que están sirviendo simplemente a los fines de una minoría. En cada brega revolucionaria, las masas son conducidas por vagos ensueños de fraternidad humana, pero luego, una vez establecida firmemente en el poder la nueva clase gobernante, otra vez se ven reducidas a la servidumbre. Según Burnham, en esto consiste, en realidad, toda la historia política.

Donde el segundo libro se aparta del primero es en la afirmación de que todo el proceso se beneficiaría moralmente, hasta cierto punto, si los hechos se encararan con más franqueza y honradez. *The Machiavellians* tiene como subtítulo *Defenders of Freedom* (*Defensores de la libertad*). Maquiavelo y sus secuaces enseñaron que, en política, la decencia simplemente no existe y, con esto, sostiene Burnham, hicieron posible conducir los asuntos políticos con más inteligencia y menos estrechez. Una clase gobernante que reconociera que su real propósito es permanecer en el poder, podría también reconocer que le sería más fácil lograrlo si sirviera al bien común, y podría evitar el fosilizarse en una aristocracia hereditaria. Burnham da mucha importancia a la teoría de Pareto acerca de la “circulación de las élites”. Si una clase gobernante ha de permanecer en el poder, debe admitir constantemente la incorporación de nuevos y adecuados elementos venidos de abajo, de suerte que los hombres más capaces tengan siempre oportunidad de alcanzar la parte más alta de la sociedad y se impida así la formación de una clase de descontentos ambiciosos de poder. Donde esto tiene más probabilidades de ocurrir, según considera Burnham, es en una sociedad que conserve sus hábitos democráticos, esto es, una sociedad donde se permita la oposición y donde puedan conservar su independencia instituciones como la prensa y los gremios obreros. Aquí, sin duda, Burnham contradice su primitiva opinión. En *The Managerial Revolution*, escrita en 1940, afirmaba como cosa indudable que la Alemania “técnica” era en todo más eficaz que una democracia capitalista

como Francia o Inglaterra. En su segundo libro, escrito en 1942, Burnham admite que los alemanes habrían podido evitar algunos de sus más graves errores estratégicos, si hubieran permitido la libertad de palabra. Pero de cualquier modo, Burnham no abandonaba su tesis principal: el capitalismo está condenado a muerte y el socialismo es una fantasía. Si nosotros comprendemos bien qué es lo que está en disputa, sigue diciendo Burnham, podremos, dentro de ciertos límites, seguir la marcha de la revolución de los directores, pero la revolución *está sucediendo*, sea o no de nuestro agrado. En ambos libros, pero especialmente en el primero, hay una nota de manifiesta fruición en la crueldad en iniquidad de los procesos que se exponen. A pesar de que Burnham nos dice reiteradamente que él sólo está mostrando los hechos y que no expresa sus preferencias personales, bien claro se ve que está fascinado por el espectáculo del poder y que sus simpatías iban con Alemania, mientras Alemania parecía ganar la guerra. Un ensayo más reciente, *Lenin's Heir (El heredero de Lenin)*, publicado en la *Partisan Review* a principios de 1945, hace pensar que ahora Burnham ha transferido sus simpatías a la Rusia Soviética. *Lenin's Heir*, que provocó una violenta polémica en la prensa norteamericana de izquierda, todavía no ha sido impreso en Inglaterra y sobre él debemos volver más abajo.

Se habrá visto ya que la de Burnham no es, hablando rigurosamente, una teoría nueva. Muchos escritores, "antes que él, han entrevisto el advenimiento de una nueva especie de sociedad, ni capitalista ni socialista y, quizás, basada en la esclavitud; si bien la mayor parte de ellos han disentido con Burnham en no atribuir a este proceso el carácter de *inevitable*. Un buen ejemplo de ello es el libro de Hilaire Belloc *The Servile State*, publicado en 1911. *The Servile State* está

escrito en un estilo desganado y el remedio que sugiere — retorno a la pequeña propiedad rústica — es imposible por muchas razones; a pesar de esto, predice ciertamente con una penetración extraordinaria los hechos que han venido ocurriendo desde 1930, poco más o menos, en adelante. Chesterton predijo también, de manera menos metódica, la desaparición de la democracia y de la propiedad privada, y la aparición de una sociedad de esclavos que tanto podría ser llamada capitalista como comunista. Jack London, en *The Iron Heel* (1909), anunció algunos de los rasgos esenciales del fascismo, y libros como *The Sleeper Awakes* (1900) de Wells, *Nosotros* (1923) de Zamyatin, y *Brave New World* (1930) de Aldous Huxley, describen todos ellos mundos imaginarios en los cuales los problemas característicos del capitalismo encuentran soluciones que no nos acercan más que las otras a la libertad, ni a la igualdad, ni a la verdadera felicidad. Más recientemente, escritores como Peter Drucker y F. A. Voigt han afirmado que fascismo y comunismo son substancialmente la misma cosa. Es que, claro está, una sociedad organizada de acuerdo a rígidos planes y sometida a un gobierno central fuerte, está expuesta a evolucionar hacia una oligarquía o hacia una dictadura. Los conservadores ortodoxos fueron incapaces de verlo, porque se complacían en dar por sentado que el socialismo “no funcionaría”, y que la desaparición del capitalismo significaría el caos y la anarquía. Los socialistas ortodoxos tampoco podían verlo, porque se esforzaban por hacerse a la idea de que ellos mismos estarían pronto en el poder, y supusieron así que cuando el capitalismo desaparece, el socialismo ocupa su puesto. En consecuencia, ni unos ni otros pudieron prever el surgimiento del fascismo, ni pudieron tampoco hacer un pronóstico correcto acerca de él, cuando ya había aparecido. Más tarde, la necesidad de justificar la dictadura rusa y de negar las manifiestas semejanzas entre el comunismo y el nazismo trajo aún más sombras sobre el debate. Pero la idea de que el industria-

lismo debe acabar en monopolio y de que el monopolio significa tiranía, no tiene nada de sorprendente.

Donde Burnham se aparta de la mayoría de los pensadores, es en su intento de trazar, con todo detalle, el itinerario de la revolución de los directores en todo el mundo y en su presunción de que la corriente hacia el totalitarismo es irresistible y no debe ser estorbada, aunque puede ser orientada. De acuerdo con el Burnham de 1940, el "directorismo" ha alcanzado su más pleno desarrollo en U.S.S.R., pero se ha desarrollado asimismo casi tan perfectamente en Alemania, y ha desaparecido en los Estados Unidos. Describe el New Deal como un "directorismo primitivo". Pero el rumbo es el mismo en todas o en casi todas partes: el capitalismo del *laissez faire* cede continuamente lugar a la planificación y a la intervención del estado; el mero *proprietario* pierde el poder frente al técnico y al burócrata; pero el socialismo — vale decir, lo que se solía llamar socialismo — no da señales de vida:

Algunos apologistas tratan de justificar al marxismo diciendo que "nunca tuvo una oportunidad". Esto está lejos de la verdad. El marxismo y los partidos marxistas han tenido docenas de oportunidades. En Rusia asumió el poder un partido marxista. Al poco tiempo abandonó al socialismo, si no en las palabras, en los hechos. En la mayor parte de las naciones europeas, sobrevivieron, en los últimos meses de la primera guerra mundial, y durante los años subsiguientes a ella, crisis sociales que dejaron la puerta abierta para los partidos marxistas: sin excepción, todos ellos se mostraron incapaces de tomar el poder y de retenerlo en sus manos. En un gran número de países — Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia, Austria, Inglaterra, Australia, Nueva Zelandia, España, Francia —, los partidos marxistas reformistas se hicieron cargo del gobierno y han fracasado uniformemente en su intento de introducir el socialismo o de hacer dar verdaderamente un paso

hacia el socialismo... En la práctica pues, estos partidos, en cada prueba histórica — y han sido muchas — han desvirtuado al socialismo o lo han abandonado. Éste es el hecho que no pueden negar ni el más acérrimo enemigo del socialismo ni su partidario más fervoroso. Esto, contra lo que alguno pueda pensar, no demuestra nada acerca del valor moral del socialismo teórico, pero sí constituye una prueba indudable de que, cualquiera que sea su calidad moral, el socialismo no ha de convertirse en una realidad.

Burnham no niega, por supuesto, que los nuevos regímenes “directoriales”, como el de Rusia y el de la Alemania nazi, puedan *llamarse* socialistas. No, lo que quiere decir es que no *serán* socialistas, en ninguno de los sentidos que para esa palabra habrían aceptado Marx, o Lenin, o Keir Hardie, o William Morris, o cualquiera de los socialistas representativos anteriores a 1930, más o menos. Se suponía hasta hace poco que el socialismo implicaba democracia política, igualdad social e internacionalismo. No hay el menor signo de que ninguna de estas ideas esté en camino de ser llevada a la realidad en ninguna parte del mundo. La única gran nación en la cual ocurrió algo que se ha descrito como revolución proletaria, esto es, Rusia, se ha apartado decididamente del viejo concepto de una sociedad libre e igualitaria cuyo fin esté en la fraternidad universal. En un avance casi ininterrumpido desde los primeros días de la Revolución, la libertad ha sido quebrantada y sofocadas las instituciones representativas, mientras las desigualdades han aumentado y el nacionalismo y el militarismo se han hecho más fuertes. Pero al mismo tiempo, insiste Burnham, no ha aparecido ninguna tendencia de retorno al capitalismo. Lo que ocurre es, simplemente, el desarrollo del “directorismo”, el cual, según Burnham, está progresando en todas partes, aún cuando las formas que adopta no sean las mismas en todos los países.

Ahora bien, como interpretación de lo que *está ocurriendo*, la teoría de Burnham es, cuando menos, sumamente probable. Los sucesos de los últimos quince años en la Rusia Soviética pueden explicarse mucho más fácilmente por esta teoría que por ninguna otra. Evidentemente, la Rusia Soviética no es socialista, y sólo puede llamarse socialista si damos a esta palabra un significado diferente del que tendría en cualquier otro contexto. Por otra parte, las profecías que afirmaban que el régimen ruso retornaría al capitalismo han sido siempre desmentidas por los hechos y hoy están más lejos que nunca de verse cumplidas. Probablemente exagera Burnham cuando sostiene que el proceso había llegado en la Alemania nazi casi tan lejos como en Rusia, pero sí parece cierto que el rumbo partía del viejo estilo capitalista y marchaba hacia una economía planificada, bajo la dirección de una oligarquía adoptiva. En Rusia se destruyó primero a los capitalistas y se aplastó después a los trabajadores. En Alemania se empezó por aplastar a los trabajadores, pero, de todos modos, la eliminación de los capitalistas había empezado ya, y los hechos se encargaron siempre de contradecir todos los cálculos basados en la presunción de que el nazismo era "sencillamente capitalismo". En lo que Burnham parece andar más errado es en creer que el "directorismo" está en auge en los Estados Unidos, el único país, precisamente, donde el capitalismo es todavía poderoso. Pero si consideramos en conjunto toda la escena mundial, es difícil discutir la verdad de sus conclusiones; aun en los Estados Unidos, la preponderante fe en el *laissez faire* podrá no sobrevivir a la próxima gran crisis económica. Se ha argumentado contra Burnham que asigna demasiada importancia a los "directores", en el estricto sentido de la palabra, esto es, directores de fábricas, proyectistas y técnicos, y que parece sostener que aun en la Rusia Soviética es esta gente, y no los jefes del partido comunista, la que tiene en realidad en sus manos el poder. Con todo, éste no es un error fundamental, y queda parcial-

mente corregido en *The Machiavellians*. El verdadero problema no reside en saber cómo debemos llamar a quienes nos pondrán el pie encima durante los próximos cincuenta años, si “directores” o burócratas, o políticos; la cuestión es si el capitalismo, ahora evidentemente sentenciado a muerte, ha de ceder su puesto a una oligarquía o a una verdadera democracia.

Pero lo curioso del caso es que cuando nos detenemos a examinar las predicciones que Burnham ha utilizado como base para levantar su teoría general, nos encontramos con que, en la medida en que podemos comprobarlo, ellas no se han realizado. Son muchos los que ya han señalado esto. Sin embargo, es importante seguir bien de cerca las predicciones de Burnham, porque forman como una especie de calco de los acontecimientos contemporáneos, que pone de manifiesto, según creo, una marcada inconsistencia en el pensamiento político de nuestros días.

Para empezar, Burnham, escribiendo en 1940, da casi por sentada la victoria de Alemania; describe a Inglaterra como “en disolución” y con “todas las características que han distinguido a las culturas decadentes en los períodos históricos de transición”, mientras que la conquista y aglutinación de Europa que Alemania llevó a cabo en 1940 la presenta como “irreversible”. “Inglaterra, escribe Burnham, cualesquiera sean los aliados no europeos con que cuente, no puede concebir esperanzas razonables de conquistar el continente europeo.” Aun si Alemania se las ingeniara para perder la guerra, ella no sería desmembrada ni reducida al estado de la República de Weimar, sino que está destinada a permanecer como núcleo de una Europa unificada. El futuro mapa del mundo, con sus tres grandes super-estados, está ya, para Burnham, fatalmente determinado, por lo menos en sus líneas generales: “los núcleos de estos tres super-estados, cualesquiera sean sus nombres futuros, son tres naciones preexistentes: Japón, Alemania y los Estados Unidos”.

También se empeña Burnham en afirmar que Alemania no atacará a la Rusia Soviética hasta tanto no haya derrotado a Inglaterra. En un resumen de su libro, publicado en la *Partisan Review* de mayo-junio de 1941, y muy probablemente escrito después que el libro mismo, dice:

En lo que respecta a Alemania, tal como en el caso de Rusia, la tercera parte del problema "directorial", es decir, la lucha por el dominio frente a las otras partes de la sociedad "directorial", queda para el futuro. Ante todo, debió producirse el golpe de muerte que asegurara la ruina del orden mundial capitalista, lo cual implicaba, en primer lugar, la destrucción de los cimientos del Imperio Británico (la piedra angular del orden capitalista mundial), tanto directamente como por medio del quebrantamiento de la estructura política europea, que era el necesario puntal del Imperio. Ésta es la explicación básica del pacto nazi-soviético, que no es posible comprender con otras razones. El futuro conflicto entre Alemania y Rusia será un conflicto puramente "directorial"; antes que tengan lugar las grandes batallas mundiales "directoriales", deberá estar asegurada la liquidación de la estructura capitalista mundial. La creencia de que el nazismo es "capitalismo decadente" imposibilita toda explicación razonable del pacto nazi-soviético. Esa creencia fué la causa de que mucha gente creyera en lo fatal de una guerra entre Alemania y Rusia, y no en la guerra a muerte que en efecto se ha entablado entre Alemania y el Imperio Británico. La guerra entre Alemania y Rusia es una de las guerras "directoriales" del futuro y no una guerra anticapitalista como las del pasado y las de hoy día.

A pesar de todo, el ataque a Rusia sobrevendrá después y Rusia será entonces, para Burnham, seguramente, o casi seguramente, derrotada. "Hay toda clase de razones para pensar que Rusia ha de par-

tirse en dos: la parte occidental gravitará hacia el núcleo europeo y la oriental hacia el asiático.” Esta cita proviene de *The Managerial Revolution*. En el artículo transcrito más arriba, escrito probablemente unos seis meses después, apunta con más energía: “la debilidad de Rusia indica que no será capaz de resistir, que se partirá en dos y se derrumbará hacia el este y el oeste.” Y en una nota suplementaria agregada a la edición inglesa (Pelican) y que parece haber sido escrita a fines de 1941, Burnham habla como si el proceso de “partición en dos” ya se estuviera cumpliendo. La guerra, dice, “es parte de los medios por los cuales la mitad oeste de Rusia va pasando a integrar el super-estado europeo.”

Ordenando estas afirmaciones, obtenemos las siguientes profecías:

1. Alemania está destinada a ganar la guerra.
2. Alemania y Japón están destinados a sobrevivir como grandes estados, viniendo a ser los núcleos de poder de sus respectivas “áreas”.
3. Alemania no atacará a la Rusia Soviética sino después de vencer a Inglaterra.
4. La Rusia soviética está destinada a ser derrotada.

Sin embargo, Burnham ha hecho otras predicciones además de éstas. En un breve artículo, publicado en la *Partisan Review* en el verano de 1944, expresa su opinión de que la Rusia soviética entrará en complicidad con el Japón a fin de evitar la total derrota de este último, mientras los comunistas norteamericanos se pondrían manos a la obra para sabotear la guerra de Extremo Oriente. Y, finalmente, en un artículo publicado en la misma revista en el invierno de 1944-45, sostiene que Rusia, tan poco tiempo antes destinada a “partirse en dos”, se dispone a conquistar toda la Eurasia. Este artículo, que provocó

violentas polémicas en los círculos cultos de Norteamérica, no se ha impreso todavía en Inglaterra. Acerca de él debo dar aquí alguna noticia, porque su enfoque y su tono emocional son muy peculiares, y estudiándolos podemos acercarnos más a las verdaderas raíces de la teoría de Burnham.

El artículo se titula *Lenin's Heir* y se ha escrito para demostrar-nos que Stalin es el verdadero y legítimo custodio de la revolución rusa, a la cual de ninguna manera ha "traicionado", sino que no ha hecho otra cosa que llevarla adelante siguiendo siempre los derroteros que estaban implícitos en ella desde sus comienzos. Esta opinión es, en sí misma, más aceptable que la usual afirmación trotskista de que Stalin es simplemente un pícaro intrigante que ha pervertido la revolución torciéndola hacia sus propios fines y que las cosas habrían sido de otra manera si Lenin hubiera vivido o Trotsky hubiera permanecido en el poder. Verdaderamente, no estaría justificado pensar que en cualquiera de esos casos, las líneas generales de desenvolvimiento hubieran sido muy diferentes. Bastante antes de 1923 ya eran bien patentes en Rusia los gérmenes de una sociedad totalitaria. Lenin es, por cierto, uno de esos políticos que alcanzan una inmerecida reputación por el hecho de haber muerto prematuramente¹. Si hubiese vivido, lo más probable es que hubiera sido expulsado como Trotsky, o bien se habría mantenido él mismo en el poder por medios tan bárbaros,

¹ Es difícil pensar en ningún político que, habiendo vivido hasta los ochenta años, se le considere aún como "un éxito". Los que nosotros llamamos "grandes" estadistas son, generalmente, hombres que murieron antes de que su sistema hubiera alcanzado a cumplirse. Si Cromwell hubiera vivido unos pocos años más, probablemente habría sido arrojado del poder, y lo consideraríamos hoy como un fracaso. Si Petain hubiera muerto en 1930, Francia lo hubiera venerado como patriota y como héroe. Napoleón dijo alguna vez que si una bala de cañón le hubiera acertado mientras cabalgaba por Moscú, él habría pasado a la historia como el hombre más extraordinario de todos los tiempos.

o poco más o menos, como los de Stalin. Por lo tanto, el título del ensayo de Burnham *Lenin's Heir*, el heredero de Lenin, adelanta una tesis razonable y esperaríamos que la apoyara aduciendo hechos concretos.

Sin embargo, el ensayo apenas roza el tema principal expresado en el título. Es evidente que cualquiera que se interesara seriamente en demostrar que ha habido continuidad entre la acción política de Lenin y la de Stalin, comenzaría por bosquejar el sistema político de Lenin y luego explicaría en qué aspectos se le parece el de Stalin. Burnham no lo hace. Con excepción de una o dos frases circunstanciales nada nos dice acerca de la política de Lenin y el nombre mismo de Lenin sólo ocurre cinco veces en el texto del ensayo, que consta de doce páginas. En las primeras siete páginas, fuera del título, no aparece para nada. La verdadera intención del ensayo es presentar a Stalin como una figura señera, sobrehumana, como una especie de semidiós, y al bolcheviquismo como una fuerza irresistible que se está derramando sobre la tierra y que no podrá ser detenida hasta tanto alcance los últimos límites de la Eurasia. Burnham, en la medida en que intenta demostrar su afirmación, lo hace machacando una y otra vez que Stalin es un "gran hombre". Esto es probablemente cierto, pero casi nada tiene que ver con la cuestión. Además, aunque expone algunos argumentos concretos para que creamos en el genio de Stalin, claramente se ve que, en su sentir, la idea de "grandeza" es inseparable de las de crueldad y deshonestidad. Hay pasajes curiosos en que parece sugerir que Stalin debe ser admirado *a causa* de los ilimitados padecimientos que ha provocado:

En todo se muestra Stalin "gran hombre"; en él, todo es grandioso. La descripción de los banquetes que se organizan en Moscú para los dignatarios extranjeros dan el tono simbó-

lico. Sus enormes *menus* de esturión y carnes asadas y aves y dulces; sus ríos de licores; los brindis y más brindis con que acaban las comidas, la policía secreta e inmóvil detrás de cada huésped, todo sobre el fondo invernal de las multitudes hambrientas de Leningrado sitiada; los millones de muertos en el frente; los campos de concentración atestados; las muchedumbres de las ciudades, mantenidas en los límites mismos de la vida por las ínfimas raciones. Poca huella hay en todo esto de la vulgaridad y la medianía, de la mano de Babbit. Reconocemos, más bien, la tradición del más aparatoso de los zares, de los Grandes Reyes Medos persas, del Khan de la Horda de Oro, algo del festín que atribuimos a los dioses de las Edades Heroicas con la idea de que la insolencia, la insensibilidad ante el dolor ajeno y la brutalidad, cuando se dan en tal alto grado, elevan a los seres por encima del nivel humano... Las artes políticas de Stalin muestran frente a los convencionalismos una libertad que es incompatible con el hombre mediocre: el hombre mediocre está atado a la costumbre. A menudo es la magnitud de sus operaciones la que lo singulariza. Es usual, por ejemplo, que un hombre activo, en el curso de su vida práctica, use de algún fraude ocasional; pero llevar adelante un fraude contra decenas de miles de personas, contra considerable proporción de todas las capas de la sociedad, incluyendo en ella la mayor parte de sus propios camaradas, está tan lejos de lo vulgar, que la conclusión del común de las gentes es que semejante fraude tiene que ser verdad —por lo menos “tener algo de verdad”—, o bien que un poder tan inmenso debe obedecer a una “necesidad histórica”, como dicen los intelectuales... Nada tiene de extraordinario el dejar morir de hambre a unos pocos individuos por razones de estado, pero hacer morir de hambre deliberadamente a varios millones es un tipo de acción de ordinario atribuída sólo a los dioses.

En éste y en otros pasajes semejantes puede haber un toque de ironía, pero no es difícil percibir que también hay una especie de fascinada admiración. Hacia el final del artículo compara a Stalin con esos héroes semi-legendarios, como Moisés o como Asoka, que encarnan toda una época y a los cuales pueden atribuirse, con justicia, hazañas que, en realidad, no llevaron a cabo. Refiriéndose a la política exterior del Soviet y a sus supuestos propósitos, da una nota más mística todavía:

Del corazón mismo de la Eurasia arranca el poder soviético, y, como la realidad del Uno neoplatónico que se derrama sobre las series descendentes del proceso emanativo, se desborda por el oeste, hacia Europa por el sur, al Cercano Oriente, por el este dentro de China, hasta alcanzar las playas del Atlántico, del mar Amarillo y del mar de la China, el Mediterráneo y el golfo Pérsico. Así como el Uno, indiferenciado en sus avances sucesivos, desciende a través de la etapa del Espíritu, la del Alma y la de la Materia, y luego en su Fatal Regreso se reabsorbe nuevamente en sí mismo, así el poder soviético, emanando del centro totalitario integral, avanza hacia afuera por Absorción (los Países Bálticos, la Besarabia, la Bucovina, el este de Polonia), por Dominación (Finlandia, los Balcanes, la Mongolia, el norte de China y, mañana, Alemania), por Influencia Orientadora (Italia, Francia, Turquía, Irán, centro y sur de China...), y finalmente, hasta tanto se disipe en el No Ser, la esfera material externa, más allá de los límites de la Eurasia, del momentáneo Apaciguamiento e Infiltración (naglaterra, los Estados Unidos).

Yo no creo que sea caprichoso notar que las innecesarias mayúsculas que recargan este pasaje tienen el propósito de producir un efecto hipnótico sobre el lector. Burnham intenta levantar ante nosotros un

cuadro de poderío pavoroso e irresistible y el convertir una maniobra política común, como la infiltración, en la Infiltración, viene a hacer más portentoso todavía el espectáculo. El ensayo hay que leerlo íntegramente. Aunque no es el tipo de tributo que el término medio de los rusófilos considerarían aceptable, y aunque Burnham mismo aseguraría, muy probablemente, que él es estrictamente objetivo, lo que lleva a cabo es sin duda un acto de homenaje y hasta de propio rebañamiento. Mientras tanto, este ensayo nos da otra profecía que agregar a la lista, que la Rusia soviética conquistará toda la Eurasia y probablemente mucho más. Debemos recordar que la teoría básica de Burnham contiene en sí misma una predicción que aún no ha sido probada, esto es, que suceda lo que suceda, la forma "directorial" de la sociedad está destinada a prevalecer.

La primera profecía de Burnham, la de la victoria alemana y la integración de Europa alrededor de un núcleo alemán, ha resultado desmentida no sólo en sus líneas generales, sino en algunos de sus detalles importantes. Burnham insiste siempre en que el "directorismo" no sólo es más eficaz que la democracia capitalista o el socialismo marxista, sino también más aceptable para las masas. Los *slogans* de la democracia y de la libre determinación de los pueblos, dice, ya no atraen a las masas: el "directorismo", por el contrario, es capaz de provocar el entusiasmo, de suscitar claros propósitos guerreros, de crear en todas partes quintas columnas e inspirar en sus soldados un coraje fanático. Destaca muy especialmente el "fanatismo" de los alemanes en contraste con la "apatía" o la "indiferencia" de los ingleses, franceses, etc. Al nazismo lo presenta como una fuerza revolucionaria que cunde velozmente por Europa y propaga su filosofía "por contagio". Las "quintas columnas" nazis "no pueden ser extirpadas", y las naciones democráticas son absolutamente incapaces de concebir ningún proyecto que los alemanes y los otros pueblos europeos puedan preferir

al Nuevo Orden. En todo caso, las democracias sólo pueden vencer a Alemania si van “aún más lejos por el camino directorial recorrido ya por Alemania”.

El grano de verdad que hay en todo esto es que las naciones pequeñas de Europa, desmoralizadas por el caos y el estancamiento de los años de preguerra, se desmoronaron antes de lo debido, y hubieran lógicamente aceptado el Nuevo Orden si los alemanes hubiesen cumplido sus promesas. Pero el haber experimentado realmente sobre sí el dominio alemán despertó, casi instantáneamente, una furia tal de odio y de venganza como rara vez ha visto el mundo. Desde comienzos de 1941, apenas había necesidad de una razón positiva para la guerra: el librarse de los alemanes ya era un objetivo suficiente. La cuestión del entusiasmo colectivo, su relación con la solidaridad nacional, es muy nebulosa y las pruebas pueden ser acomodadas para demostrar casi cualquier cosa. Pero si consideramos la proporción de prisioneros frente a la de las otras pérdidas el número de Quinlingis, quedan los estados totalitarios peor parados que las democracias. Cientos de miles de rusos se pasaron a los alemanes durante el transcurso de la guerra, mientras un número comparable de alemanes e italianos se pasaron a los aliados antes de comenzar la guerra; el número de norteamericanos e ingleses renegados se reduce a unos pocos. Como un ejemplo de la incapacidad de las “ideologías capitalistas” para conseguir el apoyo del pueblo, Burnham cita “el completo fracaso del reclutamiento militar voluntario en Inglaterra (así como en todo el Imperio Británico) y en los Estados Unidos.” Podríamos inferir de esto que los ejércitos de los estados totalitarios estaban formados por voluntarios. En realidad, ningún estado totalitario ha considerado el reclutamiento voluntario, ni siquiera como posibilidad y para ningún fin y a través de la historia, por otra parte, nunca ha sido posible

levantar un gran ejército con voluntarios¹. No vale la pena enumerar los muchos otros argumentos de esta especie que aduce Burnham. Lo importante es que según él los alemanes deben ganar la guerra de propaganda, como la militar, y que esta afirmación de ninguna manera fué confirmada por los hechos en Europa.

Debemos observar que las predicciones de Burnham no sólo no se han cumplido cuando son verificables, sino que algunas veces se contradicen ellas mismas y de una manera verdaderamente extraordinaria, y esto es, precisamente, lo significativo. Las predicciones políticas son muchas veces erróneas porque se originan en pensamientos que corresponden, más que nada, a los deseos del autor, pero pueden tener ellas mismas un valor sintomático, en especial cuando cambian en forma repentina. A menudo el elemento revelador es la fecha en que se hicieron. Si fechamos con cuidado los diferentes escritos de Burnham, guiándonos por las pruebas que nos dan los textos mismos, y luego observamos con qué acontecimientos coinciden, encontraremos las siguientes concordancias:

En *The Managerial Revolution*, Burnham profetiza la victoria alemana, el aplazamiento de la guerra ruso-alemana hasta después de la derrota de Inglaterra y, finalmente, la derrota de Rusia. El libro, o gran parte de él, fué escrito en la segunda mitad de 1940, es decir, cuando los alemanes habían arrollado el oeste de Europa y estaban bombardeando Inglaterra, cuando los rusos colaboraban con ellos abierta y estrechamente, dentro de un espíritu que, al fin y al cabo, parecía ser de apaciguamiento.

¹ En Inglaterra, un millón de voluntarios se incorporaron en la primera parte de la guerra de 1914-18. Ésta debe ser la cifra más elevada del mundo; pero la presión de que se usó fué tan grande que es dudoso que este reclutamiento pueda llamarse voluntario. Aun las guerras más "ideológicas" las han llevado a cabo, con mucho, hombres reclutados por la fuerza. En la guerra civil inglesa, en las guerras napoleónicas, en la guerra civil norteamericana, en la española, etc., los dos bandos recurrieron a la conscripción o la leva forzosa.

En la nota suplementaria añadida a la edición inglesa del libro, Burnham parece admitir que la Rusia soviética ya está batida y que su proceso de resquebrajamiento va a iniciarse. Esto se publicó en la primavera de 1942 y se escribió probablemente a fines de 1941, esto es, cuando los alemanes estaban en los suburbios de Moscú.

La predicción de que Rusia entraría en complicidad con el Japón contra los Estados Unidos la escribió a comienzos de 1944, poco después de la conclusión del nuevo tratado ruso-japonés.

La profecía acerca de la conquista del mundo por Rusia la escribió en el invierno de 1944, cuando los rusos avanzaban rápidamente en el este de Europa, mientras los aliados del oeste estaban aún detenidos en Italia y en el norte de Francia.

Se verá, pues, que cada predicción de Burnham no es otra cosa que *una continuación de lo que está ocurriendo*. Ahora bien, la tendencia a hacer esto no es simplemente una mala costumbre, como la inexactitud o la exageración, que podemos corregir poniendo cuidado. Es una enfermedad mental grave y sus raíces están, en parte, en la cobardía, y, en parte, en la adoración del poder que no puede separarse por completo de la cobardía.

Supongamos que en 1940 hubiéramos realizado una encuesta en Inglaterra con esta pregunta: “¿Ganará Alemania la guerra?” Habríamos encontrado con que el hecho, muy curioso, de que el grupo que contestaba “sí” contenía un porcentaje de personas inteligentes mucho mayor que el grupo que contestaba “no”. Lo mismo valdría para mediados de 1942. En este caso las cifras no hubieran sido tan sorprendentes; pero si hubiésemos preguntado: “¿Capturarán Alejandría los alemanes?” o bien “¿Serán capaces los japoneses de mantenerse en los territorios que han conquistado?”, entonces otra vez habría habido, de parte de los más inteligentes, una muy marcada tendencia

a ponerse dentro del grupo de los que contestaban "sí". En todo caso, ahora las personas menos dotadas hubieran dado más probablemente, ellas también, una respuesta acertada.

Si sólo nos atuviéramos a estos ejemplos, podríamos afirmar que a una inteligencia desarrollada corresponde siempre un criterio militar poco certero; sin embargo, la cosa no es tan simple. La "intelligentsia" inglesa fué, en general, más derrotista que la masa del pueblo. Y algunos continuaban siéndolo cuando la guerra estaba completamente ganada; en parte porque ellos estaban en mejores condiciones de ver con claridad los sombríos años de guerra que aún quedaban por delante. Su confianza en la victoria no fué tan firme porque su imaginación iba más lejos. Para terminar una guerra, el camino más corto es perderla y si consideramos intolerable la posibilidad de una guerra prolongada, es natural no creer en la posibilidad de la victoria. Pero esto no es todo. También tenemos que tener en cuenta el descontento de un gran número de intelectuales a quienes resultaba fácil ponerse de parte de cualquier nación hostil a Inglaterra. Y, más que esto, en la raíz misma, había una admiración, aunque sólo en unos pocos casos consciente, por la fuerza, la energía y la crueldad del régimen nazi. Sería una tarea, aunque fastidiosa, de provecho, recorrer la prensa de izquierda y enumerar las referencias hostiles al nazismo entre 1935 y 1945; encontraríamos, poca duda nos cabe, que ellas alcanzan su mayor nivel en 1937-38 y decaen notablemente entre 1939 y 1942, esto es, el período durante el cual parecía evidente el triunfo de los alemanes. Encontraríamos también que la misma gente que abogaba por un entendimiento pacifista en 1940 es la que hoy, en 1945, aprueba el desmembramiento de Alemania. Y si estudiáramos las reacciones de la "intelligentsia" inglesa frente a la Rusia soviética, también aquí nos encontraríamos con impulsos genuinamente democráticos mezclados con

la admiración a la fuerza y la crueldad. Sería muy injusto sugerir que el culto de la fuerza es el único motivo del sentimiento de rusofilia, pero es un motivo y, entre los intelectuales, probablemente el más poderoso.

El culto de la fuerza oscurece el criterio político porque lleva, casi inevitablemente, a la confianza en que las tendencias actuales van a continuar. El que en un momento dado esté ganando parecerá siempre invencible. Si los japoneses han conquistado el sur de Asia, conservarán el sur de Asia para siempre; si los alemanes han tomado Tobruk, ocuparán fatalmente El Cairo; si los rusos están en Berlín, no hemos de esperar mucho para que estén en Londres, y así sucesivamente. Este hábito oriental lleva, también, a la creencia de que los acontecimientos serán más rápidos, completos y catastróficos de lo que nunca son en realidad. El surgir de los imperios y su ruina, la desaparición de las culturas y de las religiones se espera que ocurran con precipitación de terremoto, y de los procesos apenas iniciados se habla como si ya se hubieran cumplido. Los escritos de Burnham están llenos de visiones apocalípticas. Nos describen naciones, gobiernos, clases y sistemas sociales que se expanden, se contraen, se marchitan, se disuelven, se derraman, estallan, se desmenuzan y cristalizan, y, en suma, se comportan de una manera inestable y melodramática. Poco se tiene en cuenta la lentitud del cambio histórico, el hecho de que cada época conserva siempre gran parte de la anterior. Semejante manera de pensar tiene que conducir a profecías equivocadas, porque, aun cuando calcule correctamente la dirección de los hechos, equivocará siempre su tiempo. En el espacio de cinco años, Burnham predijo la dominación de Rusia por Alemania y la de Alemania por Rusia. En cada caso, lo hizo obedeciendo a un mismo instinto, el de prosternarse

ante el conquistador del momento, y considerar la tendencia actual como irreversible. Teniendo presente todo esto, podemos criticar su teoría en forma más amplia.

Los errores que he puesto de manifiesto no desmienten la teoría de Burnham pero arrojan luz sobre las razones probables que lo llevan a sostenerla. En relación con esto, no debemos olvidar que Burnham es norteamericano. Cada teoría política tiene un toque regional característico y cada nación, cada cultura tiene sus propios prejuicios y sus zonas de ignorancia.

Hay ciertos problemas políticos que casi inevitablemente deben verse con distinta perspectiva según la situación geográfica desde la cual se les observa. Ahora bien, la actitud que Burnham adopta, poniendo al fascismo y al comunismo dentro del mismo casillero y aceptando ambos al mismo tiempo (o por lo menos no afirmando que ninguno de ellos deba ser acerbamente combatido) es esencialmente una actitud norteamericana y sería casi imposible que se diera en un inglés ni en ningún otro europeo del oeste. Los escritores ingleses que consideran que comunismo y fascismo son *la misma cosa*, invariablemente sostienen que ambos son males monstruosos que deben ser combatidos a muerte; por otra parte, todos los ingleses que creen que el comunismo y el fascismo son cosas opuestas, sienten que deben ponerse de una parte o de la otra¹. La razón de esta diferencia de puntos de vista es simple por demás y, como siempre, está sujeta al hecho de que se opina de acuerdo con los propios deseos. Si el totalitarismo triunfa y los sueños de los geopolíticos vienen a ser una realidad, Inglaterra desaparecerá como potencia mundial y todo el oeste de Europa será absorbido por

¹ La sola excepción que se me ocurre es la Bernard Shaw, quien, por algunos años al menos, sostuvo que comunismo y fascismo son la misma cosa y estuvo en favor de ambos. Pero Shaw, después de todo, no es inglés, y, probablemente, no siente su destino como ligado al de Inglaterra.

un gran estado único. Esta es, por cierto, una perspectiva poco tranquilizadora para cualquier inglés. Porque, una de dos: o el inglés no quiere que su patria desaparezca como potencia mundial, y en este caso se verá impulsado a formular explicaciones teóricas que prueben sus deseos, o bien, como una minoría de intelectuales, decidirá que Inglaterra ha terminado y que debe entregar su soberanía a alguna potencia extranjera. Un norteamericano no tiene que hacer la misma elección: ocurra lo que ocurra, los Estados Unidos sobrevivirán como gran potencia mundial y mirando las cosas desde allá no se ve mucha diferencia entre una Europa sometida a los alemanes y otra sometida a los rusos. La mayor parte de los norteamericanos que piensan siquiera en este asunto preferirían ver el mundo repartido entre dos o tres estados monstruos que hubieran alcanzado sus límites naturales y pudieran comerciar uno con otro sin las perturbaciones que nazcan de las diferencias de ideología. Semejante cuadro mundial conviene perfectamente a la tendencia norteamericana de admirar el tamaño como tal y de sentir que el éxito constituye una justificación, y conviene al preponderante sentimiento anti-inglés. Inglaterra y los Estados Unidos han sido obligados por los hechos a aliarse dos veces contra Alemania y, probablemente, serán llevados, antes de mucho, a una alianza contra Rusia. Pero en su interior, la mayoría de los norteamericanos, antes que a los ingleses, preferirían, unos a los alemanes, otros a los rusos, y, entre Rusia y Alemania, se decidirían por aquella que pareciera más fuerte en ese momento¹. No es sorprendente, pues, que la visión mundial de Burnham esté estrechamente relacionada con la de los imperialistas norteamericanos por una parte, y con la de los aislacionistas

¹ En otoño de 1945, una encuesta realizada entre las tropas norteamericanas en Alemania mostró que el 51 por ciento pensaba "que Hitler hizo muchas cosas buenas antes de 1939". Esto, después de cinco años de propaganda contra Hitler. El veredicto, tal como lo hemos citado, no es tan absolutamente favorable para Alemania, pero es difícil pensar que una opinión igualmente favorable a Inglaterra hubiera obtenido alrededor del 51 por ciento del ejército norteamericano.

por la otra. La de Burnham es una visión del mundo “dura” o “realista” que encaja perfectamente en las opiniones-deseos de los norteamericanos. La admiración casi desembozada que muestra Burnham por los métodos nazis en el primero de sus libros, y que resultaría chocante para cualquier lector inglés, depende, en fin de cuentas, del hecho de que el Atlántico es más ancho que el Canal de la Mancha.

Como he dicho más arriba, Burnham ha tenido probablemente más aciertos que errores acerca del presente y del pasado inmediato. Durante los últimos cincuenta años, la corriente general ha sido sin duda hacia la oligarquía. La concentración industrial y financiera siempre creciente; la importancia cada vez más reducida del pequeño capitalista y del pequeño accionista y el desarrollo de la nueva clase “directorial” de los profesionales científicos, los técnicos y los burócratas; la debilidad de la clase proletaria ante el estado centralizado; el desamparo cada vez mayor en que se ven los estados pequeños ante los poderosos; el languidecimiento de las instituciones representativas y la aparición de regímenes de partido único basados en el terrorismo policial, en plebiscitos amañados, etc.: todo esto parece apuntar en la misma dirección. Burnham percibe la tendencia y la cree definitiva e irresistible, como el conejito que, azorado ante una boa constrictor, pudiera pensar que una boa constrictor es lo más poderoso en el mundo. Si penetramos un poco más profundamente, veremos que todas sus ideas se apoyan en dos axiomas que se dan por supuestos en el primer libro y se explican parcialmente en el segundo. Ellas son:

- a) La política es esencialmente la misma en todas las épocas.
- b) La conducta política es distinta de los otros modos de conducta.

Tomemos ante todo el segundo punto. En *The Machiavellians* insiste Burnham en que la política no es otra cosa que la lucha por el poder. Todo gran movimiento social, toda guerra, toda revolución, todo programa político, por muy edificante y utópico que sea, en rea-

lidad oculta detrás de sí las ambiciones de algún grupo particular que ha salido para posesionarse del poder. La fuerza no puede ser contenida por ningún código ético ni religioso, sino por otra fuerza. El más próximo de los caminos posibles hacia un comportamiento altruista es la conciencia, en un grupo gobernante, de que probablemente permanecerá más tiempo en el poder si se comporta con decencia. Pero —y no deja de ser extraño— estas generalizaciones se aplican tan sólo a la conducta política y no al resto de la conducta. En la vida diaria, como el mismo Burnham ve y admite, ¿no nos podemos explicar todos los actos humanos aplicando el principio de *cui bono*? Es evidente que los seres humanos tienen impulsos que no son egoístas. El hombre, pues, es un animal que puede conducirse moralmente cuando obra como individuo, pero viene a ser inmoral cuando obra colectivamente. Pero aún esta generalización sólo puede aplicarse con justicia a los grupos superiores. Parece que las masas tienen vagas aspiraciones a la libertad y a la fraternidad humana, de las cuales se burlan los individuos o los grupos que persiguen el poder. De suerte que la historia consiste en una serie de fraudes, en el curso de los cuales el pueblo, mediante el engaño de prometerle utopías, es arrastrado a la rebelión, y luego, cuando ya ha cumplido su tarea, vuelve a ser esclavizado por nuevos amos.

La acción política, pues, es una peculiar manera de conducta humana que se caracteriza por su completa falta de escrúpulos y porque tiene lugar sólo dentro de pequeños grupos de la población, especialmente dentro de los grupos insatisfechos cuyas aptitudes no han tenido posibilidad de manifestarse libremente bajo el ordenamiento social en vigor. La gran masa del pueblo, y aquí es donde (a) se une con (b), será siempre apolítica. En efecto, la humanidad se divide en dos clases: los egoístas, que forman una minoría hipócrita, y el populacho tonto cuyo destino es siempre ser llevado y traído, como se hace volver

el cerdo a la pocilga dándole de puntapiés en el trasero o sacudiéndole estacazos en el lomo dentro de una cuba de bazofia, según las necesidades del momento. Y este cuadro encantador tiene que continuar siempre. Los individuos pueden pasar de una categoría a otra, clases enteras pueden destruir a otras clases y ocupar la posición dominante, pero la división de la humanidad en gobernantes y gobernados es inalterable. Los hombres no son iguales en sus aptitudes, como no lo son en sus deseos y en sus necesidades. Hay una "regla de hierro de la oligarquía" que actuaría aun cuando la democracia no fuera imposible por causas mecánicas.

Es curioso que a lo largo de todo su razonamiento acerca de la lucha por el poder, Burnham nunca se detiene para preguntarse por qué la gente quiere el poder. Parecería que da por supuesto que el apetito de poder, aunque domina sólo en un número relativamente escaso de personas, no tiene para qué ser explicado como el hambre de alimentos. También presupone que la división de la sociedad en clases sirve al mismo propósito en todas las épocas. Esto es ignorar la historia de cientos de años. Cuando escribía el maestro de Burnham, Maquiavelo, la división en clases no sólo era inevitable, sino deseable. Mientras los métodos de producción fueron primitivos, la gran masa del pueblo estaba fatalmente encadenada al trabajo manual, triste y agotador; una minoría tenía que estar libre de esa agobiadora tarea; de otro modo, la civilización no hubiera podido conservarse, y mucho menos marchar adelante. Pero con la llegada de la máquina, todo este cuadro ha cambiado fundamentalmente. La justificación de una división en clases, si es que hay tal justificación, ya no es la misma, porque ya no hay ninguna razón material para que la mayoría de los seres humanos continúen siendo bestias de carga. Ciertamente, el trabajo como fatiga y como pena persiste aún; las divisiones de clase se están restableciendo probablemente bajo una nueva forma, y la libertad individual

rueda cuesta abajo; pero como estos nuevos procesos son ahora técnicamente evitables, deben tener alguna razón psicológica que Burnham no intenta descubrir. La pregunta que no se hizo y debió, sin embargo, hacerse es ésta: ¿por qué la codicia por el poder puro y simple ha venido a mover al hombre más intensamente *ahora*, cuando la dominación del hombre por el hombre ha dejado de ser necesaria? En cuanto a la afirmación de que “la naturaleza humana” o las “leyes fatales” de esto o aquello hacen imposible al socialismo, es una simple proyección del pasado sobre el futuro. En efecto, Burnham aduce que una sociedad de hombres iguales y libres no ha existido nunca, y que por lo tanto no puede existir. Con este mismo argumento hubiéramos podido demostrar en 1900 la imposibilidad de los aeroplanos y en 1850 la de los automóviles.

La idea de que la máquina ha alterado todo el complejo de las relaciones humanas y de que, en consecuencia, Maquiavelo resulta completamente anticuado, es muy evidente. El hecho de que Burnham se descamine y no llegue a ver esto claramente sólo puede explicarse, creo, porque su tendencia natural hacia la fuerza lo lleva a no querer entender de ninguna manera que el mundo de Maquiavelo, ese mundo de violencia, de fraude y de tiranía puede terminar alguna vez. Es importante recordar lo que he dicho más arriba: la teoría de Burnham es sólo una variante —una variante norteamericana e interesante por sus alcances— del culto por la fuerza que priva actualmente entre los intelectuales. Otra variante más normal, al menos en Inglaterra, es el comunismo. Si examinamos a la gente que, aun teniendo una idea de lo que es el régimen ruso, es firmemente rusófila, encontraremos que pertenecen, en general, a la clase “directorial”, acerca de la cual escribe Burnham. Esto es, no son “directores” en el sentido estricto del término, sino profesionales científicos, técnicos, maestros, hombres de la radio y de los periódicos, burócratas, políticos: en general, gentes de clase

media que se sienten atenaceadas por un sistema que aún es en parte aristocrático, y están hambrientas de más poder, más fama, más prestigio. Estos hombres dirigen sus ojos a la Rusia soviética y ven en ella, o creen ver, un sistema que hace desaparecer las clases superiores, conserva a los trabajadores en su lugar y entrega un poder ilimitado a gentes muy parecidas a ellos mismos. Los intelectuales ingleses no comenzaron a mostrar interés por el régimen soviético sino *después* que éste vino a ser manifiestamente totalitario. Burnham está, en realidad, proclamando el deseo secreto de la "intelligentsia" inglesa-rusófila (aunque ella lo repudiaría): su deseo de destruir la antigua versión del socialismo, la igualitaria, y hacer lugar a una sociedad jerárquica en la cual el intelectual pueda al fin empuñar el látigo. Burnham tiene al menos la honestidad de decir que no se acercan los tiempos del socialismo; los otros dicen que sí viene y dan entonces a la palabra "socialismo" un significado nuevo que nada tiene que ver con el original. Pero su teoría, a pesar de todas sus apariencias de objetividad, no es otra cosa que la racionalización de un deseo. No hay ninguna razón de peso para pensar que la teoría de Burnham nos diga algo acerca del futuro, como no sea, quizás, del futuro inmediato. Ella sólo nos dice cuál es el mundo en que quisieran vivir estas gentes de la clase "directorial", o al menos los más conscientes y ambiciosos de ellas.

Afortunadamente, los "directores" no son tan invencibles como cree Burnham. Es curioso con cuánta persistencia en *The Managerial Revolution* se empeña en desconocer las ventajas de que goza un país democrático, tanto en lo militar como en lo social. A cada instante se violentan las pruebas a fin de mostrar el vigor, la vitalidad y la firmeza del insensato régimen de Hitler. Alemania se está expandiendo rápidamente y "la rápida expansión territorial ha sido siempre signo no de decadencia... sino de renovación". Alemania lleva la guerra con éxito y "la capacidad de llevar la guerra con éxito no es nunca signo

de decadencia sino de lo contrario". Alemania también "inspira a millones de personas una lealtad fanática. Tampoco esto acompaña nunca a la decadencia". Aun la barbarie y la deshonestidad del régimen nazi están aducidas en su favor, dado que "al nuevo ordenamiento social que surge lleno de juventud y de vida le está mejor que al viejo el usar a manos llenas de la mentira, del terror, de la persecución". Con todo, transcurridos cinco años, este "nuevo ordenamiento social que surgía lleno de juventud y de vida" se había hecho pedazos y se había vuelto, como diría Burnham, decadente; y esto había ocurrido principalmente a causa de la estructura "directorial", esto es, antidemocrática, que Burnham admira. La causa inmediata de la derrota de Alemania fué la inaudita insensatez de atacar a Rusia mientras Inglaterra aún no había sido derrotada y Norteamérica se preparaba abiertamente para la guerra. Errores de esa magnitud sólo pueden cometerse, o al menos es más fácil que se cometan, en países en donde la opinión pública no cuenta para nada. Cuando el ciudadano común tiene oportunidad de enterarse de lo que ocurre, es más difícil que se violen reglas tan elementales como la de no luchar con todos los enemigos a la vez.

Pero, en todo caso, se habría podido ver desde el principio que un movimiento como el nazismo no podía conducir a nada bueno ni duradero. En realidad, mientras los nazis triunfaban Burnham no parece haber encontrado nada de malo en sus métodos. Esos métodos, dice, sólo parecen perversos porque son nuevos:

Ninguna ley histórica dice que los modales corteses y la "justicia" deban vencer. En la historia siempre se plantea el problema de determinar de *quién* son los modales, de *quién* es la "justicia". Una clase social naciente y un nuevo ordenamiento de la sociedad deben abrirse paso a través de los viejos códigos morales, lo mismo que han debido abrirse paso a través de las antiguas instituciones económicas y políticas. Es natural que, desde el

punto de vista de los viejos, resulten monstruos. Si ganan, ya se preocuparán ellos también, a su debido tiempo, de los modales y de los principios de la moral.

Esto quiere decir, literalmente, que cualquier cosa puede convertirse en buena o mala, si lo quiere así la clase dominante del momento; esto significa ignorar que ciertas reglas de conducta deben ser observadas siempre, si la sociedad humana ha de perdurar. Burnham, pues, no ha sido capaz de ver que los crímenes y locuras del régimen nazi *debían*, por uno u otro camino, llevarlo al desastre. Lo mismo le ocurre con su recién descubierta admiración por el stalinismo. Sería prematuro todavía predecir de qué manera se destruirá a sí mismo el régimen ruso. Si yo tuviera que profetizar, diría que el mantenimiento de la política rusa de los últimos quince años —la interna y la externa no son, por supuesto, sino facetas de una misma cosa— no puede conducirnos sino a una guerra llevada a cabo con bombas atómicas que hará que la invasión de Hitler nos parezca una amable reunión de damas. Pero, con todo, el régimen ruso tendrá que democratizarse o perecerá. El enorme imperio eslavo invencible y eterno con que ahora parece soñar Burnham no se establecerá, o, si se establece, no durará, porque la esclavitud ya no es base estable para la sociedad humana.

No siempre podemos predecir positivamente, pero hay tiempos en que sí debiéramos poder hacer predicciones negativas. No se hubiera podido pretender que nadie previera cuáles serían las consecuencias exactas del Tratado de Versalles, pero millones de personas conscientes habrían podido prever, y lo hicieron, que sus resultados serían malos. Mucha gente, aunque no tanta como en el caso anterior, puede prever que los resultados de la organización que se está imponiendo hoy día a Europa serán malos también. Y para reprimir todo impulso de admiración por Hitler o por Stalin, no debiera requerirse tampoco un excesivo esfuerzo

intelectual, pero es, en parte, un esfuerzo moral. El que un hombre de la capacidad intelectual de Burnham haya podido pensar por un momento que el nazismo era algo admirable y que intentaba construir un ordenamiento social mejor, eficiente y duradero, muestra qué daño puede traer al sentido de la realidad el cultivo de lo que hoy día se ha dado en llamar "realismo".

GEORGE ORWELL.

MUSEO DEL PRADO

(Visita en el recuerdo).

¡El Museo del Prado! ¡Dios mío! Yo tenía
pinos en los ojos y alta mar todavía
con un dolor de playas de amor en un costado,
cuando entré al cielo abierto del Museo del Prado.
¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores
pintaron la Pintura con tan claros colores;
que de la vida hicieron una ventana abierta,
no una petrificada naturaleza muerta,
y que Venus fué nácar y jazmín trasparente,
no umbría, como yo creyera ingenuamente!
Perdida de los pinos y de la mar, mi mano
tropezaba los pinos y la mar de Tiziano,
claridades corpóreas jamás imaginadas,
por el pincel del viento desnudas y pintadas.
¿Por qué a mi adolescencia las antiguas figuras
le movieron el sueño misteriosas y oscuras?
Yo no sabía entonces que la vida tuviera
Tintoretto (verano), Veronés (primavera),

ni que las rubias Gracias de pecho enamorado
corrieran por las salas del Museo del Prado.
Las sirenas de Rubens, sus ninfas aldeanas
no eran las ruborosas deidades gaditanas
que por mis mares niños e infantiles florestas
nadaban virginales o bailaban honestas.
Mis recatados ojos agrestes y marinos
se hundieron en los blancos cuerpos grecolatinos.
Y me bañé de Adonis y Venus juntamente
y del líquido rostro de Narciso en la fuente.
Y —¡oh relámpago súbito!— sentí en la sangre mía
arder los litorales de la mitología,
abriéndome en los dioses que alumbró la Pintura
la Belleza su rosa, su clavel la Hermosura.

¡Oh celestial gorjeo! De rodillas, cautivo
del oro más piadoso y añil más pensativo,
caminé las estancias, los alados vergeles
del ángel que a Fra Angélico cortaba los pinceles.
Y comprendí que el alma de la forma era el sueño
de Mantegna, y la gracia, Rafael, y el diseño,
y oí desde tan métricas, armoniosas ventanas
mis andaluzas fuentes de aguas italianas.

Transido de aquel alba, de aquellas claridades,
triste “golfo de sombra”, violentas oquedades

rasgadas por un óseo fulgor de calavera,
me ataron a los improbables tormentos de Ribera.
La miseria, el desgarró, la preñez, la fatiga,
el tracoma harapiento de la España mendiga,
el pincel como escoba, la luz como cuchillo
me azucará la grácil abeja de Murillo.
De su célica, rústica, hacendosa, cromada
paleta golondrina María Inmaculada,
penetré al castigado fantasmal verdiseco
de la muerte y la vida subterránea del Greco.
Dejaba lo espantoso español más sombrío
por mis ojos la idea lancinante de un río
que clavara nocturno su espada corredora
contra el pecho elevado, naciente de la aurora.
Las cortinas del alba, los pliegues del celaje
colgaban sus clarísimos duros blancos al traje
del llanamente monje que Zurbarán humana
con el mismo fervor que el pan y la manzana.
¡Oh justo azul, oh nieve severa en lejanía,
trasparentada lumbre, de tan ardiente, fría!
La mano se hace brisa, aura sujeta el lino,
céfiro los colores y el pincel aire fino;
aura, céfiro, brisa, aire, y toda la sala
de Velázquez, pintura pintada por un ala.
¡Oh asombro! ¡Quién creyera que hasta los españoles
pintaron en la sombra tan claros arreboles;

que de sus más siniestra charca luciferina
Goya sacara a chorros la luz más cristalina!

Mis oscuros demonios, mi color del infierno
me los llevó el diablo ratoneril y tierno
del Bosco, con su químico fogón de tentaciones
de aladas lavativas y airados escobones.
Por los senderos corren refranes campesinos.
Patinir azulea su albor sobre los pinos.
Y mientras que la Muerte guadaña a la jineta,
Brueghel rige en las nubes su funeral trompeta.

El aroma a barnices, a tarima encerada,
a ramo de resina fresca recién llorada;
el candor cotidiano de tender los colores
y copiar la paleta de los viejos pintores;
la ilusión de soñarme siquiera un olvidado
Alberti en los rincones del Museo del Prado;
la sorprendente, agónica, desvelada alegría
de buscar la Pintura y hallar la Poesía,
con la pena enterrada de enterrar el dolor
de nacer un poeta por morirse un pintor,
hoy distantes me llevan, y en verso remordido,
a decirte ¡oh Pintura! mi amor interrumpido.

RAFAEL ALBERTI.

E L M U E R T O

Que un hombre del suburbio de Buenos Aires, que un triste compadrito sin más virtud que la infatuación del coraje, se interne en los desiertos ecuestres de la frontera del Brasil y llegue a capitán de contrabandistas, parece de antemano imposible. A quienes lo entienden así, quiero contarles el destino de Benjamín Otálora, de quien acaso no perdura un recuerdo en el barrio de Balvanera y que murió en su ley, de un balazo, en los confines de Rio Grande do Sul. Ignoro los detalles de su aventura; cuando me sean revelados, he de rectificar y ampliar estas páginas. Por ahora, este resumen puede ser útil.

Benjamín Otálora cuenta, hacia 1891, diecinueve años. Es un mocetón de frente mezquina, de sinceros ojos claros, de reciedumbre vasca; una puñalada feliz le ha revelado que es un hombre valiente; no lo inquieta la muerte de su contrario, tampoco la inmediata necesidad de huir de la República. El caudillo de la parroquia le da una carta para un tal Azevedo Bandeira, del Uruguay. Otálora se embarca, la travesía es tormentosa y crujiente; al otro día, vaga por las calles de Montevideo, con inconfesada y tal vez ignorada tristeza. No da con Azevedo Bandeira; hacia la medianoche, en un almacén del Paso del Molino, asiste a un altercado entre unos troperos. Un cuchillo relum-

bra; Otálora no sabe de qué lado está la razón, pero lo atrae el puro sabor del peligro, como a otros la baraja o la música. Para, en el entrevero, una puñalada baja que un peón le tira a un hombre de galera oscura y de poncho. Éste, después, resulta ser Azevedo Bandeira. (Otálora, al saberlo, rompe la carta, porque prefiere debérselo todo a sí mismo.) Azevedo Bandeira da, aunque fornido, la injustificable impresión de ser contrahecho; en su rostro, siempre demasiado cercano, están el judío, el negro y el indio; en su empaque, el mono y el tigre; la cicatriz que le atraviesa la cara es un adorno más, como el negro bigote cerdoso.

Proyección o error del alcohol, el altercado cesa con la misma rapidez con que se produjo. Otálora bebe con los troperos y luego los acompaña a una farra y luego a un caserón en la Ciudad Vieja, ya con el sol bien alto. En el último patio, que es de tierra, los hombres tienden su recado para dormir. Oscuramente, Otálora compara esa noche con la anterior; ahora ya pisa tierra firme, entre amigos. Lo inquieta algún remordimiento, eso sí, de no extrañar a Buenos Aires. Duerme hasta la oración, cuando lo despierta el paisano que agredió, borracho, a Bandeira. (Otálora recuerda que ese hombre ha compartido con los otros la noche de tumulto y de júbilo y que Bandeira lo sentó a su derecha y lo obligó a seguir bebiendo.) El hombre le dice que el patrón lo manda buscar. En una suerte de escritorio que da al zaguán (Otálora nunca ha visto un zaguán con puertas laterales) está esperándolo Azevedo Bandeira, con una clara y desdeñosa mujer de pelo colorado. Bandeira lo pondera, le ofrece una copa de caña, le repite que le está pareciendo un hombre animoso, le propone ir al

Norte con los demás a traer una tropa. Otálora acepta; hacia la madrugada están en camino, rumbo a Tacuarembó.

Empieza entonces para Otálora una vida distinta, una vida de vastos amaneceres y de jornadas que tienen el olor del caballo. Esa vida es nueva para él, y a veces atroz, pero ya está en su sangre, porque lo mismo que los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros (también el hombre que entreteje estos símbolos) ansiamos la llanura inagotable que resuena bajo los cascos. Otálora se ha criado en los barrios del carrero y del cuarteador; antes de un año se hace gaucho. Aprende a jinetear, a entropillar la hacienda, a carnear, a manejar el lazo que sujeta y las boleadores que tumban, a resistir el sueño, las tormentas, las heladas y el sol, a arrear con el silbido y el grito. Sólo una vez, durante ese tiempo de aprendizaje, ve a Azevedo Bandeira, pero lo tiene muy presente, porque ser *hombre de Bandeira* es ser considerado y temido y porque, ante cualquier hombrada, los gauchos dicen que Bandeira lo hace mejor. Alguien opina que Bandeira nació del otro lado del Cuareim, en Rio Grande do Sul; eso, que debería rebajarlo, oscuramente lo enriquece de selvas populosas, de ciénagas, de inextricables y casi infinitas distancias. Gradualmente, Otálora entiende que los negocios de Bandeira son múltiples y que el principal es el contrabando. Ser tropero es ser un sirviente; Otálora se propone ascender a contrabandista. Dos de los compañeros, una noche, cruzarán la frontera para volver con unas partidas de caña; Otálora provoca a uno de ellos, lo hiere y toma su lugar. Lo mueve la ambición y también una oscura fidelidad. *Que el hombre (piensa) acabe por entender que yo valgo más que todos sus orientales juntos.*

Otro año pasa antes que Otálora regrese a Montevideo. Recorren las orillas, la ciudad (que a Otálora le parece muy grande); llegan a casa del patrón; los hombres tienden los recados en el último patio. Pasan los días y Otálora no ha visto a Bandeira. Dicen, con temor, que está enfermo; un moreno suele subir a su dormitorio con la caldera y con el mate. Una tarde, le encomiendan a Otálora esa tarea. Éste se siente vagamente humillado, pero satisfecho también.

El dormitorio es desmantelado y oscuro. Hay un balcón que mira al poniente, hay una larga mesa con un resplandeciente desorden de taleros, de arreadores, de cintos, de armas de fuego y de armas blancas, hay un remoto espejo que tiene la luna empañada. Bandeira yace boca arriba; sueña y se queja; una vehemencia de sol último lo define. El vasto lecho blanco parece disminuirlo y oscurecerlo; Otálora nota las canas, la fatiga, la flojedad, las grietas de los años. Lo subleva que los esté mandando ese viejo. Piensa que un golpe bastaría para dar cuenta de él. En eso, ve en el espejo que alguien ha entrado. Es la mujer de pelo rojo; está a medio vestir y descalza y lo observa con fría curiosidad. Bandeira se incorpora; mientras habla de cosas de la campaña y despacha mate tras mate, sus dedos juegan con las trenzas de la mujer. Al fin, le da licencia a Otálora para irse.

Días después, les llega la orden de ir al Norte. Arriban a una estancia perdida, que está como en cualquier lugar de la interminable llanura. Ni árboles ni un arroyo la alegran, el primer sol y el último la golpean. Hay corrales de piedra para la hacienda, que es guampuda y menesterosa. *El Suspiro* se llama ese pobre establecimiento.

Otálora oye en rueda de peones que Bandeira no tardará en llegar de Montevideo. Pregunta por qué; alguien aclara que hay un forastero agauchao que está queriendo mandar demasiado. Otálora comprende que es una broma, pero le halaga que esa broma ya sea posible. Averigua, después, que Bandeira se ha enemistado con uno de los jefes políticos y que éste le ha retirado su apoyo. Le gusta esa noticia.

Llegan cajones de armas largas; llega una jarra y una palangana de plata para el aposento de la mujer; llegan cortinas de intrincado damasco; llega de las cuchillas, una mañana, un jinete sombrío, de barba cerrada y de poncho. Se llama Ulpiano Suárez y es el *capanga* o guardaespaldas de Azevedo Bandeira. Habla muy poco y de una manera abrasilerada. Otálora no sabe si atribuir su reserva a hostilidad, a desdén o a mera barbarie. Sabe, eso sí, que para el plan que está maquinando tiene que ganar su amistad.

Entra después en el destino de Benjamín Otálora un colorado cabos negros que trae del sur Azevedo Bandeira y que luce apero cha-peado y carona con bordes de piel de tigre. Ese caballo liberal es un símbolo de la autoridad del patrón y por eso lo codicia el muchacho, que llega también a desear, con deseo rencoroso, a la mujer de pelo resplandeciente. La mujer, el apero y el colorado son atributos o adjetivos de un hombre que él aspira a destruir.

Aquí la historia se complica y se ahonda. Azevedo Bandeira es diestro en el arte de la intimidación progresiva, en la satánica manobra de humillar al interlocutor gradualmente, combinando veras y bur-las; Otálora resuelve aplicar ese método ambiguo a la dura tarea que

se propone. Resuelve suplantar, lentamente, a Azevedo Bandeira. Logra, en jornadas de peligro común, la amistad de Suárez. Le confía su plan; Suárez le promete su ayuda. Muchas cosas van aconteciendo después, de las que sé unas pocas. Otálora no obedece a Bandeira; da en olvidar, en corregir, en invertir sus órdenes. El universo parece conspirar con él y apresura los hechos. Un mediodía, ocurre en campos de Tacuarembó un tiroteo con gente ríograndense; Otálora usurpa el lugar de Bandeira y manda a los orientales. Le atraviesa el hombro una bala, pero esa tarde Otálora regresa al *Suspiro* en el colorado del jefe y esa tarde unas gotas de su sangre manchan la piel de tigre y esa noche duerme con la mujer de pelo reluciente. Otras versiones cambian el orden de estos hechos y niegan que hayan ocurrido en un solo día.

Bandeira, sin embargo, siempre es nominalmente el jefe. Da órdenes que no se ejecutan; Benjamín Otálora no lo toca, por una mezcla de rutina y de lástima.

La última escena de la historia corresponde a la agitación de la última noche de 1894. Esa noche, los hombres del *Suspiro* comen carne recién matada y beben un alcohol pendenciero; alguien infinitamente rasguea una trabajosa milonga. En la cabecera de la mesa, Otálora, borracho, erige exultación sobre exultación, júbilo sobre júbilo; esa torre de vértigos es un símbolo de su irresistible destino. Bandeira, taciturno entre los que gritan, deja que fluya clamorosa la noche. Cuando las doce campanadas resuenan, se levanta como quien recuerda una obligación. Se levanta y golpea con suavidad a la puerta de la mujer. Ésta le abre en seguida, como si esperara el llamado. Sale a medio vestir y descalza. Con una voz que se afemina y se arrastra, el jefe le ordena:

—Ya que vos y el porteño se quieren tanto, ahora mismo le vas a dar un beso a vista de todos.

Agrega una circunstancia brutal. La mujer quiere resistir, pero dos hombres la han tomado del brazo y la echan sobre Otálora. Arrasada en lágrimas, le besa la cara y el pecho. Ulpiano Suárez ha empuñado el revólver. Otálora comprende, antes de morir, que desde el principio lo han traicionado, que ha sido condenado a muerte, que le han permitido el amor, el mando y el triunfo, porque ya lo daban por muerto, porque para Bandeira ya estaba muerto.

Suárez, casi con desdén, hace fuego.

JORGE LUIS BORGES

A PROPÓSITO DE CANTINFLAS

Mientras la tierra de América iba amalgamando al europeo con el indio, al negro con el blanco, al mestizo con el mulato, y el aire, la luz, la topografía, el alimento mismo, eran ingredientes que sazocaban ese nuevo producto humano, acondicionado también por novísimos factores sociales, la literatura de América siguió siendo un calco de la de España.

El escritor de la colonia, a falta de términos adecuados para denominar lo que lo rodeaba, se vió obligado a prestar a cosas y seres de América nombres y lenguaje europeos. Lo hizo con humildad de artesano y más como cronista que como literato. La pretensión literaria entra en juego cuando, a raíz de las guerras de la Independencia, se levanta la censura que la Metrópoli impuso y la literatura de imaginación se difunde libremente por las ex-colonias. Románticos o realistas, los escritores de la nueva burguesía criolla toman la novela española, francesa e inglesa por modelo, pero como éstas reflejan un estilo de vida tradicional, asentado y refinado, inexistente aquí, sus réplicas criollas son sombras de una sombra. Salvo contadísimas excepciones, se encuentra en ellas esa descripción, fresca y directa, de usos y costumbres que solemos hallar en los relatos de los viajeros extranjeros, de paso entonces por estos países.

Con toda razón, un cuarto de siglo más tarde, dice Sarmiento en su FACUNDO: "Si un destello de literatura puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la

descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia..." Ese destello siguió brillando más de lo que Sarmiento supuso, pero reducido siempre a la descripción del campo y su habitante.

Las ciudades, mientras tanto, crecían, se extendían, adquirirían una vida propia en que la inteligencia y la materia libraban también cruenta lucha. Pero, quizá por carecer su escena de grandiosidad o porque esa lucha adquiriría en ellas contornos menos dramáticamente acusados que en el llano, la cordillera o la selva, el hecho es que los escritores parecieron no advertirlas. Y cuando finalmente se prestó atención, no ya a las ciudades, sino a las grandes urbes, fué para poblarlas de grandes masas donde desaparecen los detalles característicos que definen una personalidad. Fueron varios los factores que impidieron, por lo tanto, crear un sólo carácter genuinamente representativo del hombre del asfalto, de ese hombre nuevo cuyas modalidades, pese a las diferencias de ambiente, de clase y hasta nacionales, son en cierto modo comunes a todos los habitantes de la América llamada latina.

Lo que la literatura no nos dió, nos lo ha dado ahora el cinematógrafo con Cantinflas. Cantinflas no es por cierto un mundano — ¿quién podría dudarlo? — pero tampoco es un campesino ni un obrero. Sucesor del "pícaro" español y pariente urbano del Periquillo Sarmiento, del Viejo Vizcacha, de Laucha, Cantinflas, el hombre de la calle, sin profesión definida, el "pelado" en la ciudad de México, el "atorrante" en Buenos Aires, el "roto" en Santiago de Chile, el "chato" en Río de Janeiro, es tan auténticamente un producto del suelo americano, es a tal punto pueblo, que llegan a reconocerse en él hasta los descendientes de aquellos señores semif feudales que inventaron esos apodos.

Yo no había visto ninguna de sus películas cuando, hace cuatro años, en Nueva York, Charles Chaplin me habló con entusiasmo de un

mexicano a quien consideraba el mejor actor cómico de la actualidad. Poco tiempo después, también en Nueva York, un amigo mexicano me invitó a ir a ver una película de Cantinflas; pero, pese a lo que Chaplin me había dicho y por no perder una conversación o un espectáculo norteamericano, rehusé la invitación: vi por primera vez a Cantinflas en Buenos Aires. La película era *Los Tres Mosqueteros*. En medio de la gracia que me causó, pensé entonces para mis adentros que, de haberlo visto en Nueva York, hubiera llorado. La emoción habría sido más fuerte, aunque de la misma índole que la que nos causa, estando lejos y en tierras donde hablan otro idioma, oír inesperadamente por la radio un tango, un triste o un vidala.

Pero, si bien sabemos que una melodía puede emocionarnos por el caudal de recuerdos que revive en nosotros, es más difícil definir la sensación de lo ya visto, de lo extrañamente familiar, experimentada ante un personaje que vemos por primera vez, y en la pantalla. La memoria no acude en nuestra ayuda; lo que estamos presenciando no nos ha sucedido; el ambiente en que transcurre la acción no es el nuestro. ¿De qué fondo emocional más profundo surge entonces el enternecimiento que sentimos? ¿Y por qué nos emociona un actor que sólo se propone divertirnos? Esto me lo pregunté la primera vez que vi a Cantinflas.

Luego, a medida que fuí viendo las demás películas de ese actor y conociendo otros países de América, entre ellos México, fué formulándose en mí la respuesta a esas preguntas. Traté ante todo de distinguir entre lo mexicano que hay en Cantinflas y lo que de genéricamente latinoamericano tiene, y si se debe a lo uno o a lo otro la gracia que nos causa. En tren de diferenciar, no traspaso los límites de este continente: no sé si Cantinflas podrá ser un actor universal puesto que su gracia se basa demasiado en el lenguaje: Chaplin no hablaba. Chaplin tenía además argumentistas y directores a la altura de su talento.

Cantinflas no los ha tenido aún. Chaplin, por su indumentaria, su físico, su mímica, no era de ningún país y por lo tanto podía serlo de todos. Cantinflas, por sus facciones, su vestimenta, sus ademanes, es esencialmente latinoamericano. Chaplin actuaba en el plano de la poesía. Cantinflas actúa en el de la realidad. En ese plano el actor anglo-norteamericano expresaba con su mímica sentimientos elementales y comunes a todos los hombres; en su plano el actor mexicano traduce reacciones psicológicas tan nuevas, tan inexpresadas aún, tan sin clasificar todavía, que al resto del mundo le resulta difícil entenderlas. ¿Nos divertiría a nosotros *Goupi mains Rouges* o *La Femme du Boulanger* si tantos años de cultura literaria francesa no nos hubieran familiarizado con la inteligente y sórdida, tradicional y astuta idiosincrasia de los personajes que esas películas nos muestran? ¿Y cómo sorprendernos, a nuestra vez, de que en Francia, donde tan poco se conoce el modo de ser de los latino-americanos, no sólo no hayan encontrado gracia a Cantinflas sino que además hayan demostrado su asombro porque pudiera divertir a medio continente?

Si, como lo afirmó Bergson, únicamente lo humano causa gracia, el tipo humano personificado por Cantinflas es tan profundamente indolatino-americano, que el europeo —exceptuado el español—, acostumbrado a interpretarnos en las imágenes estereotipadas del “bon sauvage”, del “rasta” o del romántico y salvaje llanero, queda impávido ante él, sin lograr comprender los resortes que nos hacen largar la carcajada.

Estos resortes son difíciles de definir; responden a rasgos característicos imprecisos; a cosas que están en nosotros en estado de emulsión y que sólo con el correr del tiempo se sedimentarán y aclararán. El instinto, la intuición, un don de observación agudo y el conocer por experiencia propia las circunstancias en que su personaje se mueve, y no

un razonamiento *a priori*, han permitido al actor mexicano tocar y señalar esos resortes.

Ante todo, el más sutil de entre ellos: el del ser a quien la realidad toma de sorpresa por estar distraído con su mundo interior. Este mundo interior está tan profundamente mezclado en nosotros los criollos con la fuerza de la inercia, que nos permite realizar —sin que la distracción se perciba— una acción exterior totalmente desligada de él. El poder de la inercia nos impide ejercer al máximo el poder de concentración; nunca estamos del todo en lo que hacemos. No sólo al realizar una tarea material, sino también cuando hablamos y actuamos. Ese continuo desdoblamiento del yo nada tiene que ver con lo que en el lenguaje culto se llama duplicidad y en el popular “tener dos caras”, puesto que ésta es una actitud consciente, adoptada con un fin práctico, y aquél es esencialmente subconsciente y por lo tanto carece de finalidad alguna. La parte de nuestra personalidad que, ajena a la acción, queda en el subconsciente, puede ser la emotiva o la que respondería al espíritu crítico: en plena acción pasional suele surgir como una burbuja que sube a la superficie y mitigar o frenar el arranque emocional. De ahí que parezcamos fríos sin parecer lúcidos; que seamos emotivos sin aparentar sentimentalismo.

Ese “yo” que sueña o que vigila, siempre vivo en lo más recóndito de nuestro ser, si es difícil de mostrar en la literatura lo es aun más en el escenario o la pantalla: Cantinflas, mediante cierta vaguedad en la mirada, una imperceptible vacilación en los movimientos, en los ademanes, las réplicas o las decisiones inesperadas, logra que el espectador perciba ese acontecer interior, desligado de la realidad, o en imprevisto choque con ella.

Cuando dicha ebullición subconsciente —caótica a veces, lúcida-mente alerta otras, pero siempre amalgamada con la inercia—, debido a una provocación exterior sube a la capa consciente y necesita articu-

larse en palabras, no las encuentra. No tenemos como el europeo ese lenguaje hecho, legado de generación a generación, que le permite articular sentimientos e ideas que el tiempo ha sedimentado. “El estilo pulcro —dice Sarmiento— existe sólo como la flor de una sociedad completa y desarrollada.” Pero el estilo pulcro suele ser literario y convencional; nosotros hablamos un lenguaje distinto del que escribimos y somos pobres hasta de frases convencionales. Prueba patente de ello la tenemos en los discursos de nuestros demagogos, que, padeciendo de igual vacuidad que los vociferados por sus maestros europeos, suenan más vacíos aún, más descosidos, más —¿por qué no emplear la palabra insustituible?— a macaneo. (Anoto al pasar que si esa palabra es insustituible, ello se debe a que denomina algo privativamente nuestro y a que únicamente en los Estados Unidos, donde tampoco tienen lenguaje convencional, encontramos su equivalente: *boloney*.) Pero si bien en las improvisadas arengas de balcón entra de nuevo como en el caso de la duplicidad el elemento utilitario, si la verborragia inconexa, intercalada de trivialidades confianzudas o de comparaciones chabacanas, no se debe sólo a la imposibilidad de formular un concepto o a la necesidad de no hablar claro, en la peroración o monólogo gratuito, dicho con sinceridad y con el único fin de sacar afuera lo que se lleva dentro, la dificultad verbal es aún más patente; en el bache entre frase y frase, en los intervalos del titubeo, pasan con rapidez de relámpago sensaciones, sentimientos, ideas, imágenes, comparaciones que el lenguaje no alcanza a expresar. Todo ello se formula en palabras que son únicamente connotaciones aproximativas de aquello a lo que aluden. Como son aproximativas también las frases hechas, empleadas casi siempre erróneamente o tergiversadas, a las que se recurre para substituir un concepto que no se logra precisar o para cerrar un párrafo que no se atina a redondear.

Cantinflas, en trance de pronunciar un discurso público, se sirve

a la mil maravillas de este recurso, demostrando que para impresionar a quienes están dispuestos a ello, cualquier lugar común viene al caso; pero Cantinflas, en trance de decir lo que siente, de hacerse comprender o de defenderse, suple con la elocuencia de su mímica lo que su pobre lenguaje no le permite decir. Recuerden quienes hayan visto la película *Un día con el diablo* cómo “explica” por qué circunstancias no ha sido padre: mediante sonrisas vagas, párpados que se entrecierran sobre un recuerdo, ojos que brillan de picardía, nos hace ver, casi plásticamente, las imágenes que pasan por su memoria. Recuérdese también cuán distintos son los resortes de ese monólogo de los del discurso patriótico que graba en el disco y los de la demostración matemática, hecha en el pizarrón, de la curva que traza un proyectil en el aire.

En esa escena, repetida con variantes en sus demás películas, el actor mexicano señala otro resorte psicológico del criollo: su tendencia a la evasiva. Por pertenecer a una sociedad en formación donde todo se improvisa, al hispano-americano —vanidoso por hispano, e igualitario por americano— le molesta admitir que hay algo que él no entienda; algo por hacerse que él no pueda hacer. Nuestro estratega de café es el economista, el sociólogo o el científico de fonda o peluquería. Siempre se encuentra allí quien explique, empleando uno tras otro términos técnicos y ejemplos tomados de la vida diaria y de su experiencia personal, a qué se debe la escasez de papas, por qué habrá siempre pobres o cómo estalla la bomba atómica. El perorante suele mantener en secreto el origen de su información, puesto que todo lo que dice debe parecer fruto de su lógica o de un estudio especial. La afirmación “Esto lo sé de buena fuente” (por lo demás casi nunca verídica) se emplea mucho menos que el “No me lo va a decir a mí”, el “No me lo discuta, amigo”, o el “Soy yo quien se lo dice”, frases que, por cierto, no se oyen únicamente en los expendios de bebidas baratas: se repiten con igual frecuencia cocktail o copa de champagne en mano.

Si el criollo sabe ocultar la íntima satisfacción que le causa el hecho de haber convencido a los demás de que él ha comprendido algo, o de que ha actuado como es debido, cuando no logra comprender o cuando se convence de que otro sabe o puede más que él, oculta también su asombro y su admiración, limitándose a decir, a veces, lo que siempre siente en ese caso: “¡Hay que embromarse!...” Como si su ignorancia o su incapacidad se debieran a una broma que el destino le jugara o le hiciera su interlocutor. Cantinflas es maestro en la perorata hecha para encandilar a quien lo escucha para ganar la delantera a quien pudiese embromarlo, pero cuando el “yo” que vigila interiormente le advierte que algo “no cuela”, acude al convincente “hablando claramente” o al definitivo “ahí está el detalle”.

Es sintomático, además, — y esto es tan patente en el paisano argentino como en el indio mexicano — que, cuando el hombre de estas tierras se ve en la coyuntura de tener que admitir su ignorancia, acude a la evasiva; sustituye el “no sé” por el menos afirmativo y menos personal “¿quién sabe?...”

La improvisación a que es necesario recurrir en regiones poco pobladas, donde no hay emulación, comparación posible ni censura a la incompetencia, no puede exigir un sentido demasiado estricto de la responsabilidad. El “cada uno según sus responsabilidades” es, en cierto modo, letra muerta para el criollo, que acepta un cargo o un trabajo con la secreta esperanza de que la suerte se pondrá de su lado, sustituyendo la capacidad que le falta, y de que su viveza suplirá a la ciencia, venciendo los obstáculos a medida que se presenten. Lo secunda también la noción de que el “más o menos” es admitido y casi norma corriente. En su cálculo mental todo ello reduce a un mínimo la probabilidad de fracaso, y lo impele a emprender una tarea de igual manera que el taciturno gaucho se mete a pagar de contrapunto. En la lucha por la vida o por el éxito, en la política y en el amor, encuentra

lícito el “tirarse un lance”. El hombre de una sociedad que, por estar en formación, carece de reglas y principios establecidos, confía en el azar y apuesta sobre sí mismo; hasta la determinación de cumplir con la obligación aceptada se traduce para él en términos que aluden a la suerte: jugarse entero. Esto puede ser irresponsabilidad; también puede llamarse audacia: responde a un espíritu emprendedor o aventurero, pero, tanto en su sentido laudativo como peyorativo, América necesitó de ese espíritu y por él existe. Sean indios, iberos o sajones, sus habitantes, en lucha tenaz con la naturaleza, en el proceso de adaptarse a nuevos ambientes o de organizarse en grupos articulados, se vieron obligados a estar en continuo alerta, a recurrir sin cesar a su iniciativa, a tener el ingenio siempre aguzado.

Antes las tremendas dificultades que es necesario vencer en la creación y organización de un mundo nuevo, fué natural que el hombre buscara la línea de menor resistencia. Tanto en el industrializado Norte como en el Sur, aún rural, se acudió a menudo al artificio, siempre individual, no siempre honesto: los consejos del Vizcacha — formulados en frases allí donde la tradición puritana no regía, pero practicados tácitamente allí donde ésta imperaba — fueron seguidos tanto en los pequeños pueblos fronterizos de la América Latina como en el mundo de los grandes negocios en la América del Norte. Pero lo mismo aquí que allá, el espacio abundante, al permitir a los hombres moverse sin tocarse mutuamente los codos, libró a esa lucha de sordidez y mezquindad. Y está bien que hoy el Sur quiera emular al Norte en los inventos, en los “gadgets” que facilitan el vivir diario, y que en el Norte comiencen a ver — y a veces hasta a añorar — ese ritmo de vida más lento, más sensual y contemplativo con que se vive al sur del Río Grande.

Cantinflas — uno entre tantos — es la personificación del individuo que en los Estados Unidos llaman “care free”, del hombre a quien

ni el excesivo trabajo junto a una máquina, ni la acosadora publicidad que se hace para vender los productos que esa máquina fabrica, han moldeado aún. Del hombre que vive al día, verdad, pero que vive íntegramente, con optimismo y alegría. Una alegría tan interior y tan sabia que nunca podría responder a la consigna de "smile and be happy". Y al Chaplin magullado por los tiempos difíciles podríamos oponer un Cantinflas inmune a las circunstancias, que casi nunca sonríe, que jamás inspira compasión, pues sabe "entendérsela sólo con la vida". Bien le gustaría — como habitante que es de una capital — tener un auto para llevar de paseo a su "changuita" o una de esas bañaderas con agua caliente, especiales para entregarse al soñar despierto, o la radio que le permitiera dormirse arrullado por una dulce voz de mujer o uno de esos hornos eléctricos que asan un pavo en un santiamén, pero ya que no los tiene, ya que ni la posibilidad le dan para tenerlos, busca lo que está al alcance de sus medios. De alguna manera se las arregla siempre para poder "platicar" con la criadita en un banco del parque o camino del mercado; para beberse la copita de pulque o de tequila que lo ayudará a soñar; para deslizarse subrepticamente a la plaza de toros o sentarse largo rato junto al "cuate" y embobarlo con su charla caudalosa. En el fondo sabe — quizá por intuición, quizá por haberlo aprendido prácticamente en la tradición india y española, viva en las calles de su México — que el trabajo excesivo no ennoblece al hombre y que, a la postre, lo que todos buscamos, mediante inventos o tretas, es trabajar menos y vivir mejor.

La máxima sobre la virtud ennoblecedora del trabajo le suena al criollo — descendiente del aventurero que vino a buscar oro, del inmigrante cuya finalidad era "hacer la América" y del indio tratado como bestia de carga — un tanto exagerada. No totalmente, pues sabe, también por experiencia propia, que la haraganería es madre, si no de todos, por lo menos de algunos vicios.

En esto de poner en tela de juicio los dichos y proverbios que sobre moralidad se transmitieron en Europa de siglo en siglo se manifiesta otra tendencia del iberoamericano. Sea porque el europeo no practicó siempre en América el código moral que sus máximas proclamaban o porque en su independización cultural el hombre de la colonia tendió a rechazar todo lo que significaba una autoridad foránea, aplicada por lo regular en desmedro de sus propios intereses, el hecho es que la irrespetuosidad y la burla prendieron en su espíritu. Cuanto habían dicho en su lenguaje sentencioso y enfático los “godos”, los “gachupines”, le sonaba a falso al criollo escéptico y desconfiado, que a mayor grandilocuencia mayor reserva oponía. (Que otra retórica, aunque menos castiza igualmente vacía, comenzaba a sustituir ya a la española, es un hecho que no viene al caso comentar aquí: basta con señalarlo.) Y en cuanto a los títulos nobiliarios y a los tratos de cortesía ceremoniosos, abolidos los primeros en las nuevas Constituciones y reducidos los segundos en el uso corriente, fueron y siguen siendo blanco predilecto de una mofa popular constante pero no cruel, puesto que en la mayoría de los casos se limita a reducir familiarmente, en el trato personal, la distancia que el título debe implicar, o a emplearlo con diminutivos que le restan toda solemnidad. Si la tendencia a ser formalista persiste entre nosotros en las capas sociales intermedias, el chiste contra esa manera de ser es, por lo general, de origen popular. Cantinflas recurre a él con ingenio matizado; por ejemplo cuando llama “joven” a su sargento, “changa” a la emperifollada turista, “Don Sata” a Satanás mismo y “Pete” a San Pedro.

Con igual irreverencia dirige sus pullas contra un mal transmitido en “la sangre de Hispania fecunda” y en cierto origen y causa de todo lo anteriormente señalado: la excesiva importancia dada al famoso punto de honor español, a “aquel estado en que — como lo define el Diccio-

nario de la Lengua Española — según la común opinión de los hombres consiste la honra o crédito de cada uno”.

Para satisfacer “la común opinión” o sentirse satisfecho ante ella, la actitud tiene que exteriorizarse, el gesto ser evidente, la acción impresionante. Pero como las oportunidades de acudir al cuchillo, al revólver o al puñetazo, no son lo suficientemente frecuentes para dejar siempre el crédito a salvo, se las sustituye por el desplante, por la afirmación de “soy muy macho”, de “a mí no hay quien me puede”, de “nadie me pisa el poncho”. (Conste, al pasar, que el punto de honor no rige para la mujer, que, si bien puede compartir con el hombre la palabra pundonor, ésta, en su caso, se refiere únicamente al comportamiento sexual; por lo tanto el pundonor de la mujer es parte integrante de la honra del hombre y por ello tiene también que contar *sine qua non* con la “común opinión”. De ahí el origen de la mayoría de los crímenes pasionales y el dicho bastante abyecto de que “no basta con ser honesta, hay que parecerlo”.) Es, pues, el temor de que se dude de su honor lo que pone al español, y no sólo a sus descendientes, a la defensiva. Pero los descendientes, tuvieran o no sangre aborigen, como no escaparon a la influencia del indio taciturno, ni al ritmo más lento que estas tierras imprimen, ni al sentido crítico que el coloniaje les aguzó, y quizá también por haber padecido en su carne y en su dignidad las consecuencias de la puntillosidad hispana, despojaron al punto de honor de su boato verbal y de sus arranques espectaculares. Siguieron sin embargo cultivándolo a su modo y dándole primacía, en el “machismo” criollo.

Cantinflas, al poner continuamente en solfa al “machismo”, hace, sin proponérselo, obra de moralista; muestra el terrible ridículo de esa ostentación de falsa hombría, cuyas consecuencias son tan nefastas en la vida de nuestro pueblo.

Así como a los para él ampulosos “tenéis”, “sabéis”, “queréis”,

contesta "nois" en lugar de no; así como en su toreo juega familiarmente con el toro y se burla de los movimientos de la lidia clásica; así como no puede terminar un duelo con una estocada a fondo sino con un golpe; así como al tener en sus manos la bomba de tiempo se olvida de ella y la arroja como un paquete engorroso, de igual manera y con semejante desparpajo desenmascara la audacia, el coraje y la honorabilidad convencionales. Y con ello nos presta un no flaco servicio.

Por lo tanto es un error ver en Cantinflas únicamente la personificación complacida de nuestros rasgos característicos negativos. Nos los muestra también en su faz positiva. Si poco nos ayuda para el conocimiento propio la sátira pedantemente moralizadora, mucho podremos aprender en cambio si sabemos mirarnos en el espejo que, con traviesa ternura, Cantinflas pone ante nosotros.

MARÍA ROSA OLIVER

DOCUMENTOS

LA PRISIÓN

CONSIGNA

No tengo la intención de hablar mucho de los alemanes. Los encuentro de vez en cuando en el curso de mi narración. Pero no quisiera emitir un juicio sobre ellos motivado por dichos encuentros. Para mis adentros sé lo que pienso; pero esto me concierne a mí únicamente. Tal juicio se apoya sobre elementos demasiado dispares para que yo pueda darles su justo valor. Si se quiere juzgar a un pueblo entero, sus actos no bastan. Habría que conocer sus rebeliones o saber que no han existido. Lo que podemos juzgar es a Alemania y a muchos alemanes.

Doy aquí el informe de lo que he visto o conocido. Extraigo de ello todas las conclusiones que quiero; pero es inútil que las exponga.

Me llevaron una noche, a las doce, a Montluc. Hacía tres días que estaba en manos de la Gestapo. Me encerraron en una celda oscura donde pasé sobre cuerpos dormidos. Tuve que despertar a mis camaradas, porque no podía sentarme ni acostarme sin ayuda.

Al día siguiente, al asearnos, me ayudaron a quitarme la camisa y le pedí a un prisionero que me lavara la espalda. Me habían azotado terriblemente, y estaba morado y desollado desde la nuca hasta las corvas. Mientras un camarada me mojaba la espalda con una toalla, uno de los soldados que nos custodiaban se acercó. Era un hombre canoso, de cara bonachona. No era un policía, sino un soldado. Me miraba con lástima, moviendo la cabeza. Luego me preguntó qué me había ocurrido. Le contesté: "Gestapo", y se fué, al parecer algo avergonzado. En el momento no advertí lo que había de artificial en esta actitud.

Al día siguiente me había mejorado un poco. Pero mi espalda seguía morada. Eso tarda diez días en desaparecer. Teníamos otro guardián en los lavabos. Me miró con la misma expresión de lástima, y me hizo la misma pregunta. Durante los tres meses que pasé en Montluc, esta pequeña comedia se renovó con frecuencia, a veces conmigo y a veces con algún otro prisionero.

Indudablemente, había que demostrar que la Wehrmacht no tenía relación alguna con la policía. Y hasta nosotros, que, en gran parte, nunca recobraríamos la libertad, teníamos que estar convencidos de ello.

Para un hombre medio, perteneciente a la tropa, era una sutil consigna. Tuve la ocasión de admirar hasta qué punto era bien comprendida y bien aplicada.

EL SÓTANO

Apretándonos un poco, cabemos cuatro sobre la colchoneta y bajo las cobijas apiladas. El quinto está sentado sobre el barril, cuya tapa está colocada al revés. El sexto se pasea por la celda, que mide dos metros veinticinco por un metro setenta y cinco.

No me gusta pasearme. Hay que dar media vuelta cada dos pasos y esto me causa vértigo en seguida. Hace hoy ochenta días que estoy aquí, y hace ya mucho que he comprendido que lo mejor es no moverse.

Me cuento historias interminables, o bien me busco piojos. O bien, aun a pesar de las protestas de mis camaradas, me ocupo de mis desolladuras. Esto consiste en arrancarme las costras con las uñas. Pero no me toco las muñecas ni la oreja, cuyos vendajes, renovados cada dos días en la enfermería, adquieren un tinte gris sucio en cuanto paso dos horas en la celda. Es difícil imaginar la suciedad que puede haber en una cárcel.

Deben ser las dos. Hemos comido la sopa y es el mejor momento del día. Inmediatamente después de la sopa, parece que el estómago, excitado por un poco de alimento, se torna más imperioso. Esto dura más o menos media hora. En seguida, no tiene más remedio que contestarse con tan pobre e ínfima digestión y, durante un rato, se calma.

Por desgracia, esta hora se ve perturbada por una angustia que se renueva dos veces por día: a las nueve y a los dos, los guardianes vienen a buscar a los que serán sometidos a interrogatorio. A mí me han llamado ya tres veces.

Todavía no estoy curado de mi segundo interrogatorio. El tercero ha sido mucho más suave. Pero esto nada significa en lo que se refiere al cuarto.

En toda la cárcel se abren y se cierran puertas; se oyen ruidos de llaves, nombres pronunciados a gritos: “¡Fulano... policía!” El todo recubierto por el alarido continuo que parece ser el modo de conversación normal entre guardianes de cárcel alemanes.

Se abren puertas en el piso. Abren la de la celda contigua y gritan un nombre.

La llave hurga en nuestra cerradura. Todos nos ponemos de pie, con el corazón palpitante, mirando la puerta que está a punto de abrirse.

Se abre. Medor —le llamamos así porque se parece a un *bull-dog* y vocifera sin cesar—, Medor está ante la puerta con un papel en la mano.

—¡Policía!

Apénas he oído mi nombre; tal vez no he hecho más que adivinarlo. Siento que una mano desliza en mi bolsillo un trozo de pan, gesto al cual soy sensible. Es un gran sacrificio de parte del que lo había economizado de su ración para saborearlo antes de dormirse. Pero sé que hoy lo merezco un poco.

Salgo al pasillo y me pongo de cara a la pared. Conozco esta horrible angustia que me retuerce las tripas: tengo miedo, un miedo atroz. ¿Qué me sucederá? Ni siquiera me hago preguntas concretas: tengo miedo. Sé también que tendré miedo de un modo más salvaje todavía dentro de algunas horas, en los pasillos de la Gestapo. ¿Qué inventarán esta vez? Conozco ahora el verdadero miedo y, después de mi primer interrogatorio, “hacerse en los pantalones” no es para mí un modo de hablar.

En la puerta de la celda vecina hay un hombre que está, como yo, de cara a la pared. A lo largo de la galería, otros esperan.

Medor vuelve, empujando delante de sí, con alaridos incomprensibles, a los hombres que recoge a lo largo de la galería. Cuando llegan junto a mí, me uno a ellos. Bajamos la escalera y Medor nos encierra en la jaula. Es, a lo largo del corredor que lleva a la salida, un verdadera jaula flanqueada de barrotes. Aquí es donde juntan a los que van al interrogatorio.

Transcurren largos minutos. Los hombres hablan en voz baja. El miedo animal que me oprimía se tranquiliza un poco. Tengo todavía varias horas ante mí y, además, puede ser que esta vez no me torturen.

Vuelven a llamarnos. Salgo de la jaula. Ahora se ocupa de nosotros el

asistente subalterno de la S. S. encargado de los convoyes entre la prisión y la Gestapo. Me reconoce y me dirige una especie de sonrisa comercial, la sonrisa de alguien que vuelve a encontrar con satisfacción una vieja práctica. Está encargado únicamente de vigilar nuestro transporte. Pero, como se aburre el resto del tiempo, a veces presta ayuda durante los interrogatorios cuando el trabajo es mucho. En esta forma ha colaborado las dos veces que pasé por la bañera. Pero cuando está de servicio no tiene ¿verdad? por qué preocuparse de estas cosas. Por tanto, me coloca con precaución las esposas. Procura que no me aprieten demasiado las muñecas cubiertas de vendajes, aunque haya sido él mismo quien me las hirió, hace tres semanas, cuando me colgó de estas mismas esposas. Mira mi oreja, que ha visto desgarrar a golpes de fusta, y me pregunta con tono amistoso: —¿No se curó todavía?

La camioneta nos ha sacudido a través de la ciudad. El viejecito que sacaron de la celda contigua a la mía está sentado sobre mis rodillas. Pesa poco; pero como mi muñeca derecha está atada a su muñeca izquierda, estoy muy molesto. Las esposas se deslizan sobre el vendaje y, pese a mis esfuerzos, terminan por frotar en carne viva mi muñeca. El trayecto no dura mucho. Aspiro con deleite, no ya el aire libre, sino el olor a nafta y a grasa de los ejes que flota debajo de la lona que nos cubre.

La camioneta vira y se detiene. Entre grandes alaridos nos hacen bajar. Conozco el camino. Entro por la puerta de la izquierda, doblo a la izquierda y, llevando al viejecito, bajo la escalera. Estamos en el sótano. Ante una mesita está sentado el soldado que pasa lista. Nos quitan las esposas, y voy a sentarme a uno de los sótanos laterales en una silla que da la espalda a la puerta.

Somos, en este sótano, alrededor de quince, sentados en sillas y en fila, dando la espalda a la puerta, mirando el mismo trozo de pared, como en el cinematógrafo. Una lámpara que cuelga del techo nos ilumina. En el sótano central, el S.S. de guardia va y viene, haciendo sonar sus botas. De tanto en tanto se le oye emitir gritos salvajes que resuenan en las bóvedas: ocurre que ha sorprendido a dos prisioneros conversando o haciéndose señas.

Jamás entiendo palabra de lo que dice. Hay gran diferencia entre el alemán hablado, que comprendo un poco, y el alemán vociferado.

De tiempo en tiempo, alguien baja la escalera y se acerca, en el centro del sótano, a la mesita en que se encuentra la lista de nuestros nombres. Es un momento de angustia atroz. ¿A quién llamará? A riesgo de que me abofe-

teen, me vuelvo y miro. Si es un desconocido, me tranquilizo. Pero si reconozco a alguno de mis "inspectores", siento que el estómago se me retuerce. Grita un nombre. Uno de la fila se levanta y se acerca a él. Y reina nuevamente el silencio, un silencio que el paseo del S. S. torna más perceptible y pesado.

Al atardecer un grupo baja la escalera. Oigo, en el sótano central, ruido de empujones y golpes, y gritos en alemán. Todos hemos vuelto la cabeza. De un empujón, un hombre es arrojado en el sótano. No tiene chaqueta, y su camisa está empapada en sangre. Sin embargo, no parece muy estropeado. Uno de sus párpados está morado y sus labios tumefactos. Ha perdido, probablemente, sangre por la nariz. Tiene los cabellos en desorden y la cara cubierta de sudor. Se sienta y cruza sobre las rodillas sus manos hinchadas. Percibo su aliento en mi espalda, porque he vuelto a mirar hacia la pared. Prefiero ver a un hombre en este estado que cuando sale de la bañera. La última vez que vine aquí, oí toda la noche los estertores y los quejidos de uno que atormentaban de esta manera. A la mañana siguiente fué a los retretes: tenía los labios azules, los ojos hundidos, la piel gris y el andar de un atáxico, como todos los que salen de un baño helado. Otra vez fué una mujer. Los S. S. la habían puesto sola en un sótano y le habían dado un colchón. A los hombres, cuando bajan desvanecidos, se contentan con sentarlos en una silla, apoyándolos en la pared.

Durante toda la tarde es un ir y venir de prisioneros que son llamados para el interrogatorio, y que vuelven más o menos golpeados.

A las seis, reaparece el S. S. encargado de los transportes. Pasa lista. Es el primer convoy que vuelve a la cárcel. Media hora más tarde regresa el asistente. Llama a otros prisioneros y los lleva. A mí no me han llamado. Esto significa que pasaré aquí toda la noche.

El S. S. de guardia me hace cambiar de sótano. En el que me hace entrar somos únicamente dos. Cierra con llave la puerta que lo comunica con el sótano central. Al cabo de unos instantes puedo hablar con mi compañero. Es un judío detenido por resistencia. Hace dos meses le quemaron la palma de la mano con un hierro candente. Me muestra la mano, cuya palma contraída lo obliga a entrecerrar los dedos. Ha sido interrogado esta mañana y los policías le han dicho que sería fusilado. Luego lo han vuelto a la prisión. Inmediatamente después han ido a buscarlo, diciéndole que llevara sus cosas, porque sería puesto

en libertad. No sabe si mañana será liberado o fusilado. Ha traído sus cosas en una bolsa.

Ahora estamos tranquilos. El S. S. de guardia viene, cada dos horas, a hacer una ronda en el sótano central. Luego se va. Aprovechamos su presencia para golpear las puertas y, bajo su vigilancia, ir a los retretes. Mientras no está, podemos hablar y andar de un lado al otro. Es lo que hago, para matar el tiempo. Porque no puedo dormir bajo esta luz cruda, reflejada sin piedad por las paredes blanqueadas con cal. O bien leo las inscripciones que hay en estas paredes. Nombres, fechas. A veces la afirmación de una fidelidad o de una esperanza sobrenatural. Después de varias horas me extiendo sobre tres sillas. Pasa la noche. Duermo poco. Ando de un lado al otro. Charlo con mi compañero. Pero no tenemos mucho que decirnos, porque cada cual sólo se interesa en sí mismo.

Al despuntar el alba, me duermo profundamente sobre las tres sillas. El ruido de la puerta, que alguien abre violentamente, me despierta sobresaltado. Me pongo de pie de un salto. Reconozco a los tres policías que me han interrogado. Esta vez no me escapo. Sin embargo, ni siquiera me miran. Hablan entre sí, luego hacen una seña a mi compañero y, de pronto, se precipitan sobre él, lo toman de los brazos y, con los rostros convulsionados por la ira y lanzando alaridos, se lo llevan. No ha tenido tiempo de recoger su bolsa que ha quedado en medio del sótano. Plácidamente, el S. S. vuelve a cerrar la puerta. Trato de dormir otro poco. Pero es inútil. La tranquilidad de la noche está lejos. ¿Adónde han llevado a ese muchacho? Todo lo que puedo decir hoy es que nunca volvió a buscar su bolsa.

Algo más tarde, el guardián abre las puertas y nos hace pasar de sótano en sótano, mientras dos sirvientas francesas los lavan haciendo correr el agua. ¡Qué oficio! Cumplen la consigna y no nos dirigen la palabra. Las miradas que nos lanzan no son tiernas. Nuestra sola presencia es una acusación contra la abyección en que han caído y, sin duda, no nos lo perdonan.

A las nueve y media llega el primer convoy. Y vuelve a empezar el ir y venir de los prisioneros entre el sótano y el interrogatorio. La mañana pasa. Tengo siempre ante mí la bolsa de mi compañero de anoche. ¿Dónde estará ahora?

Los minutos son largos. Sentado en la silla, no tengo otra distracción que la de contar los agujeros, las asperezas de la pared. O bien, procuro, como

en mi celda, aislarme de todo y contarme historias. Pero a cada instante una angustia sorda me trae nuevamente adonde estoy. Cada paso en la escalera me estremece.

Mediodía. El S. S. asistente conduce a los prisioneros que han sido interrogados. No me llama.

Las dos. Hora del convoy.

El día es largo. Siguen sin llamarme para el interrogatorio. ¿Para qué me han hecho venir?

Mi compañero no ha vuelto a buscar su bolsa. ¿Es una respuesta a la pregunta que me hago?

Las seis. El S. S. asistente llama a los hombres que llevará de vuelta a la prisión. Sigue sin ocuparse de mí.

Estoy ahora solo en mi sótano. El guardián ha cerrado la puerta por el resto de la noche. No he comido nada desde hace veinticuatro horas, salvo un pedazo de pan. Me devano los sesos tratando de comprender lo que me sucede. Si querían interrogarme, ¿por qué no lo han hecho todavía? Si quieren fusilarme, ¿qué esperan?

Me instalo sobre tres sillas, y la noche transcurre lentamente. La fatiga se hace cada vez más pesada. Me duelen las piernas. Sin embargo, apenas puedo dormir. ¿Se abrirá la puerta mañana para mí, como esta mañana para mi compañero? La vista de la bolsa, que continúa en el sótano, me descompone.

No obstante, la noche pasa. Nuevamente las sirvientas vienen a lavar los sótanos haciendo correr el agua. Y el primer convoy de prisioneros, conducido por el S. S. asistente, llega alrededor de las nueve.

Esta mañana somos muchos en el sótano. Nuestras sillas se tocan, lo que me permite hablar un poco con mi vecino. Es un sujeto de Valence. No lo conozco; pero he oído hablar de él. Me da buenas noticias de mi hermano. Malas de los camaradas de Valence. Gran barrida ayer. Lo han traído aquí con una treintena de compañeros, además del Prefecto y del Procurador de la República.

La mañana avanza. A eso de las diez, amortiguadas y lejanas, oímos las sirenas. Cierta fiebre agita a los S. S. en el sótano central. En pequeños grupos bajan la escalera mujeres y alemanes uniformados y vestidos de civiles. Varios soldados traen cofres enormes. Parece que la alerta es seria. Un S. S. cierra las puertas. Ya no podemos ver lo que ocurre en el sótano central; pero reina

en él una ruidosa agitación. Esto nos permite hablar con toda tranquilidad.

Ahora oímos, muy lejos, los golpes sordos de las bombas. Cada vez un leve y potente temblor agita el suelo. Otros golpes más, y la electricidad se apaga.

En el sótano central crece la agitación; las conversaciones han adquirido un giro más febril.

Y, de pronto, una serie de explosiones ahogadas y próximas nos sacude. El sótano tiembla. Instintivamente, nos hemos pegado contra las paredes. Esto dura varios segundos.

Ahora, en el sótano central, todos gritan a la vez. Las bombas no deben de haber caído muy lejos.

Aguzando el oído, procuro atrapar al vuelo algún fragmento de frase que pueda comprender. Reconozco la voz agria y metálica del Obergruppführer Barbier. Grita órdenes incomprensibles.

Deben de estar transportando a un herido al sótano, porque entre ese concierto de gritos desaforados distingo ahora gemidos. Luego, algunos hombres llevan barras de hierro o palancas, porque se oye el sonido del metal sobre las piedras del piso.

Los gritos de Barbier terminan por cubrir las voces. Ordena la evacuación del sótano: primero las mujeres, después los hombres uniformados, después los otros. Ruido de pasos y, gradualmente, todo calla.

En el silencio que vuelve a reinar, hablamos en voz baja. ¿Cuánto tiempo dura esto? No lo sé. Los minutos son largos en la oscuridad.

Un hombre llega al sótano central. Abre las puertas. Su llave hurga nerviosamente las cerraduras. La puerta de nuestro sótano se abre violentamente: *Raus!* Salgo y me dirijo hacia la escalera de la izquierda. Un brusco empujón me arroja hacia la derecha. Avanzo hacia un resplandor amarillento que ilumina el fondo del sótano central. Varios peldaños, y salgo al patio; me cuesta reconocerlo. Encima del sótano, el edificio de la Gestapo, a medias derrumbado, crepita rodeado de altas llamaradas. Alrededor del patio una hilera de soldados S. S., con ametralladoras de mano apuntándonos, nos quita toda esperanza de evasión.

Parece que espían nuestros rostros para abatirnos, si se hiciera demasiado insolente la expresión de la profunda alegría que nos invade.

EL ARMARIO

Tengo aún algo que decir de ese sótano. La segunda o la tercera vez que me llevaron a él, descubrí algunos armarios a lo largo de la pared de uno de los sótanos laterales. En estos armarios —pronto lo supimos al oír unos gemidos— había hombres.

Los que estaban en el sótano pasaban en ellos, a veces, varios días seguidos. Los alemanes los olvidaban intencionalmente. Una mañana, el S. S. guardián fué a buscarme. Me llevó ante uno de esos armarios y lo abrió. Un hombre —si hombre podía llamársele todavía— que se encontraba dentro, de pie y apoyado contra la puerta, se desplomó. Lloraba como un niño pequeño, sollozando, con la cara bañada en lágrimas. Lo tomé en mis brazos para llevarlo al retrete. Mis fuerzas no eran muchas, pero pude arrastrarlo. Le bajé los pantalones y lo senté en el w. c. Estaba cubierto de llagas y equimosis. Lloraba sin cesar, con la frente apoyada en mí.

Cuando terminó, lo llevé otra vez a su armario. Decía solamente: “quisiera salir de ahí...” Cuando estuvo en el armario me echó, con gesto infantil, los brazos al cuello, y lo besé.

El S. S. cerró plácidamente la puerta, y ni siquiera tuvo deseos de reír al ver mis ojos llenos de lágrimas.

TORTURAS

No me propongo describir las torturas que he soportado ni las que he visto infligir a mis camaradas. Sé ahora que eran poca cosa, puesto que estoy vivo, y bien vivo. Desearía, sencillamente, manifestar algunas reflexiones que esas torturas me han inspirado.

Hay un momento en que los golpes no son más que golpes. Y luego un momento en que los golpes se convierten en tortura. No es su repetición ni su violencia lo que le comunica este nuevo carácter. Todo proviene del verdugo. La tortura es el dolor infligido con ayuda de la imaginación. Se puede matar a un hombre a palos y no darle más que palos. Pero cuando el verdugo sabe

variar los dolores, en intensidad, naturaleza o violencia, y prueba con esto su capacidad de inventiva, se trata verdaderamente de tortura.

En efecto, la tortura tiene dos finalidades: se trata de hacer sufrir lo más posible y el mayor tiempo posible. El verdadero verdugo debe tener cierto conocimiento del cuerpo humano y de su resistencia. Debe también conocer la forma de quebrantar el valor al mismo tiempo que los miembros. Porque no hay sino tortura moral.

He soportado dos veces la tortura. La primera tuve que vérmelas con verdaderos verdugos. Eran alemanes. Me interrogaron desde las diez de la mañana hasta las tres de la madrugada siguiente, sin otra interrupción que el tiempo necesario para recobrar el sentido después de dos desmayos. La segunda vez fui interrogado por novicios. Eran franceses. Al cabo de una hora y media no había nada que esperar de mí, y un bofetón me desmayaba.

Los esfuerzos imaginativos del verdugo tienen varios resultados. En primer lugar, al variar el dolor, y sobre todo las partes del cuerpo que ataca, desgasta con menor rapidez la resistencia física de la víctima. Pero al mismo tiempo desgasta con gran rapidez su resistencia nerviosa.

Uno se adapta a un dolor, se acostumbra a él, lo domina. El verdadero verdugo no debe jamás dar tiempo para ello. Desde el momento que la víctima, aunque sufra cada vez más, se pone en estado de defensa, el verdugo cambia de procedimiento. Todos los esfuerzos de la víctima se derrumban sin resultado, y la sorpresa aumenta su dolor.

Y, sobre todo, esta imaginación aterroriza a la víctima, puesto que a cada instante se pregunta en qué consistirá la siguiente invención. Recuerdo que, antes de los interrogatorios a que me sometieron, experimentaba las mismas angustias que cuando me presentaba a un examen para el cual no estaba preparado. Si fuera posible prepararse para la tortura, ésta no existiría.

Y llego a pensar que la tortura no está en el dolor, sino en la angustia. Conozco pocos dolores más vivos que el que provoca un latigazo en las nalgas. Pero, en sí mismo, el latigazo en las nalgas no provoca angustia. En cambio, la inmersión prolongada en una bañera de agua helada no causa, exactamente hablando, dolor; es una tortura profundamente angustiosa.

Recibir golpes estando completamente vestido y de pie no es tortura. El hecho de ser golpeado por un hombre vestido cuando se está desnudo, es un

comienzo de tortura. Si, además, lo cuelgan a uno de las muñecas, o simplemente lo atan sobre una tabla o sobre una mesa, la tortura es verdadera.

Cada vez, lo que crea la angustia y, en consecuencia, la tortura, es la imaginación del verdugo.

Pero si se quiere llegar al fondo del asunto, sabiendo que la tortura proviene de la angustia, hay que saber además en qué consiste esta angustia.

Creo que proviene del hecho de que el verdugo le quita a uno lo que comúnmente se llama dignidad, y que es un conjunto de reflejos propios del hombre. La tortura es deshonrosa para la víctima. El recuerdo que conservo de ella es haberme transformado, durante horas, en un animal que aullaba y lloraba, suplicando, pidiendo perdón, agradeciendo una tregua ofrecida a mis dolores, pronto, como un perro, a lamer las manos de mis verdugos para agradecerles que no me hicieran sufrir aún más, o porque uno de ellos me había llamado "mi viejo."

Y ahora que estas cosas están lejos, ¿para qué seguir hablando de ellas? No creo en el valor educativo de los libros de gesta y repruebo el culto de los héroes. Este culto va, en cierto modo, unido al culto de la guerra, porque las glorias de esos héroes siempre la engalanan un poco. Lo mejor que pueden hacer los hombres decididos a emplear sus fuerzas en servicio de la paz, es olvidar la guerra.

Y, por favor, que no se nos diga que hay que enseñar el odio a la guerra. Desde hace dos mil años, cada generación de combatientes —es decir, cada generación— se desgañita declamando ante sus hijos los horrores de la guerra. Y los hijos no tienen nada más urgente que hacer que ir personalmente a ver cómo es.

Y he aquí que yo añado mi clamor a este concierto impotente. No me ha gustado la guerra. Tampoco me ha gustado la resistencia. He querido ofrecer de ellas imágenes sin énfasis que considero verdaderas.

No creo que la guerra suscita a las grandes almas. ¿Ha revelado hombres la resistencia? Sin duda; pero lo mismo los hubiera revelado la paz; y, si no los revela, quiere decir que sólo tienen cualidades guerreras, o lo que es lo mismo, que no valen nada. Una mujer a quien conocí y que murió en Ravensbrück, decía siempre que sólo en la vida cotidiana se conoce bien a las personas: "en las grandes circunstancias —añadía— es demasiado fácil..."

Si hay algo más inútil que trenzar coronas para los héroes, es erigir monu-

mentos a los mártires. Que su memoria siga siendo cara a quienes los amaron. Las grandes circunstancias se han alejado. Luchamos ahora con las pequeñas. Es en ellas donde los hombres dan su medida. Héroes, mártires: sed discretos.

JEAN BLOCH-MICHEL

EL TRÁGICO FIN DE LAS TRES HERMANAS DE KAFKA

Las tres hermanas de Franz, Elly, Vally y Ottla— eran muy distintas entre sí, y en cada una de ellas se revelaba alguno de los elementos dominantes de la personalidad de Kafka.

Elly, la mayor, se caracterizaba por una timidez enfermiza. Dominada por un complejo que la enmudecía, se sonrojaba como una jovencita cuando ya era madre de dos hijos grandes. Pero tenía conciencia de este defecto que ella denominaba invalidez; era, como Franz, severísima consigo misma; se condenaba sin cesar, y cuando tenía que tomar la menor decisión sentía que se paralizaba. A su entender, la vida activa constituía una serie de emboscadas que la hacían tropezar. Y si, a pesar de todo, permanecía en pie, vacilante, por cierto, pero en pie, de todos modos creía que ello se debía a la buena voluntad de las gentes; a la indulgencia con que la trataban. Tenía miedo de asustar a sus semejantes, los trataba con miramientos, se esforzaba en adelantarse hacia ellos; pero, casi siempre, este esfuerzo estaba destinado al fracaso, y volvía a encerrarse en sí misma con la convicción de que nunca podría vivir como todo el mundo. Franz se interesaba en la educación del hijo de su hermana; le aconsejaba que lo confiara a una escuela moderna al aire libre; trataba de guiarla. Sus tres cartas¹ sobre la educación de los niños dan prueba de ello. Este niño creció, se casó, y murió en Francia, en un campo de concentración.

Vally, la segunda hermana de Kafka, se parecía a su hermano en la nobleza que la distinguía: nobleza de alma, de porte, de modales, de preferencias; se le parecía en la elegancia innata, en el gusto de la perfección, y en la expresión juvenil. También se asemejaba en las facciones y en la sonrisa, dulce y a la vez decepcionada.

¹ Publicadas primeramente en la revista *Mesures*; más tarde en la *Vida de Franz Kafka*, por Max Brod. (Ed. Gallimard).

Una tarde de verano vi por primera vez a las dos hermanas; se hallaban juntas: Vally hablaba con reticencia de Franz, muerto hacía más de trece años —era en 1937— y su dulce indulgencia, su voz semiapagada y sin embargo clara, comunicaban a su dolor un acento de tranquila profundidad, de resignación.

En cambio, Elly hablaba poco; pero, de pronto, se sintió dominada por una violenta desesperación, como si acabara de descubrir que su hermano había muerto. Todavía sollozaba cuando me dijo: “Es la primera vez que hablo así de mi hermano. Pero usted ha conseguido conmoverme.” Volví a verla varias veces, muchas veces; pude ocuparme de hacer la lista de los libros que habían pertenecido a Franz, y de ordenarlos. Ella me lo agradecía. Las tres hermanas se repartieron ese bien precioso.

Otla, la más joven, prefería no hablar de su hermano. Era una mujer alta, morena, imponente, de mirada penetrante y de andar decidido. Me presentó a sus dos hijas; me explicó sus recetas de cocina vegetariana; me refirió sus visitas a los pobres, su amistad con los mendigos; me habló de la conciliación necesaria, aunque difícil, de los contrastes: ser madre, esposa y a la vez amiga de los humildes; considerar la salud como fuente de la felicidad mayor y no huir de las pesadísimas cargas que se imponía a sí misma; ser buena y descubrirse impotente contra los movimientos de cólera más violentos, por ejemplo cuando se trataba de la publicación de las obras de su hermanos, porque ella no se había acostumbrado aún a la idea de verlas indiscretamente entregadas al público. Franz había dejado un testamento: hubiera debido respetárselo y quemar todo lo que había escrito, conforme a su profundo y sagrado deseo. Por lo tanto, ella guardaba rencor a Max Brod; pero era probable que los años dulcificaran esta pena —me decía ella— puesto que ya empezaba a interesarse en las obras aparecidas. En cierta ocasión, durante largas horas y hasta avanzada la noche, paseó conmigo por la plaza Wenceslas. Evocaba, sin pronunciar casi el nombre de su hermano, momentos vividos con él en su casita de campo de Züran. Hechos, pequeños hechos poblaban su recuerdo. Esa mujer de porte tan imponente y que vendía salud se sentía dominada por la atmósfera de la noche, que, en las calles de Praga, tenía algo de irresistiblemente místico. La cultura literaria de Otla era escasa; había tenido poco tiempo para dedicar a la lectura; no obstante, todo lo que decía, lo que hacía adquiría un sentido profundo, metafísico. Era imposible imaginar en otra parte que no fuera Praga a esa mujer en lucha con los problemas más extremos del sentido mismo de la vida. Y no se sabía bien

si su gran bondad era un mundo inaccesible para ella, en el cual, sin embargo, trataba de entrar, pese a los movimientos del alma que condenaba en sí misma, o si era una santa. Comprendía la gravedad de sus actos mínimos, y se interrogaba sin cesar sobre su significado moral. Había en ella un ir y venir entre el bien y el mal, mientras en sus palabras resonaba la risa que tal vez la asemejaba a su padre, hombre sarcástico —Franz lo ha dicho bien—, y que no era más que una expresión de salud vigorosa y al mismo tiempo de confusión.

Las tres hermanas ya no existen; el *ghetto* las absorbió.

Elly y Vally fueron enviadas al *ghetto* de Lodz (Polonia). No se recibieron noticias de ellas; luego desaparecieron, en el momento de las grandes matanzas en masa —agosto y septiembre de 1944— cuando todos los judíos de los *ghettos* de Polonia, y de otras partes, fueron sacrificados en los hornos crematorios.

Ottla conoció un destino más refinadamente cruel. Fué internada en el *ghetto* de Terezin (Checoslovaquia), campo de concentración reservado —entre otras cosas— a una *élite* de rehenes. Cierta día, llegó allí un convoy de niños judíos que conocían el terror del exterminio. No permitían que los alemanes se les acercaran; presentaban una actitud firmemente opuesta a toda tentativa de apaciguamiento. Ottla y algunos médicos ganaron la confianza de estos niños, en cuyos ojos estaba grabada la visión de las torturas infligidas a sus padres. No obstante, continuaron manteniendo su reserva y circunspección. En vista de esto, los alemanes inventaron un aparato escénico diabólico: anunciaron a los abnegados protectores de estos niños que formarían un convoy especial, un tren sanitario que trasladaría al extranjero a los niños y al cuerpo médico; todos se pusieron de acuerdo sobre el plan de la expedición; se equipó al personal, y a los huérfanos se les regalaron trajes nuevos y se les rodeó de atenciones extraordinarias. Ottla escribió entonces a su marido una carta llena de esperanza. Se sentía feliz de poder dedicarse a esos seres tan necesitados de su ternura; su deber era acompañarlos a Suecia o a Dinamarca, a un país donde olvidarían el horror de las matanzas, se aligerarían, quizá, del terror que los dominaba y aprenderían de nuevo a no huir de los hombres. Ella misma viviría allí tranquila, brindando toda su abnegación a esos pequeños seres, mientras aguardaba el regreso al seno de su familia. Su marido y sus dos hijas lo creyeron, como lo creyó Ottla, como lo creyeron todos los elegidos para este excepcional convoy. Por lo tanto, las familias esperaron serenamente el regreso de los suyos; pero, al día siguiente de la liberación de Checoslovaquia, a medida que regresaban los

pocos sobrevivientes de Auschwitz, se conoció muy pronto la verdad sobre este brillante convoy, que no escapó a la suerte común. Se supo entonces que, llegado a Auschwitz, fué, sin más, conducido al horno crematorio. Así terminó esta trágica expedición.

La casa que vió nacer a Franz, hermosa residencia burguesa situada ante la plaza de la Municipalidad, en la esquina de la calle Parirska, solidarizándose con este hundimiento total de la familia de Kafka se desmoronó durante la liberación de Praga, víctima también de la crueldad de los nazis.

H. ZYLBERGER

NOTAS

Libros

ARTURO HAVAUX: *Tierra nueva* (Claridad, Buenos Aires, 1945). —

¡Qué apresurado desdén de nuevo rico, qué incurable superficialidad en el juicio histórico, qué injusta estupidez, en definitiva, fué la que indujo a León Daudet a llamar estúpido al siglo XIX!

Si ha habido un siglo conmovedor hasta en sus propias debilidades, extraordinario en su generosidad, nobilísimo en sus anhelos, y sobre todo pletórico de esperanzas en el ser humano, ése fué sin duda el siglo XIX. Si todas esas características fueran la consecuencia de la estupidez, habría que pensar muy seriamente en renunciar a la inteligencia. Por suerte resulta más simple y eficaz renunciar al epíteto, y mejor aún, dejar que cumpla la curva de su regreso de "boumerang" volviendo a caer sobre quien lo lanzó.

Al hablar del siglo XIX me atengo a la exactísima opinión de Augusto Mario Delfino cuando sostiene que comenzó el 14 de julio de 1789 y terminó el 1º de agosto de 1914.

En las últimas décadas de ese lapso se desarrolla la vida de Arturo Havaux, relatada en este libro *Tierra nueva*, desde su infancia a orillas del Mosa, en las Ardenas, hasta dar con su destino de periodista en nuestro país, luego de innumerables vicisitudes como obrero manual en su obstinada lucha contra la mezquindad económica, empeñada en imponerle rumbos ajenos al que su auténtico ser adivinaba como propio.

Escrito en forma confidencial, como dirigido a una persona querida, sin fijar sus esperanzas en lo coruscante de la forma, sino en la directa efusión que presupone un previo entendimiento, el autor deja correr con la noble melancolía del recuerdo el flujo de sus vivencias, que son las de un ser humano

común, o mejor dicho, lo que desearíamos que fuera un ser humano común, sin dotes excepcionales que lo arrebatan a las cimas del genio, pero con la sagaz comprensión de los hechos y de su significado. Un hombre común, bastante poco común, por desgracia. De ahí que este libro resulte, no sólo la historia particular de Arturo Havaux, sino, en gran medida, la historia social de nuestro país, vista desde adentro, sin ínfulas de análisis espectral, pero con el acento inconfundible de un testimonio veraz. Es un hombre que depone en un juicio como podríamos suponer que sería el Juicio Final, no para condenar o salvar a los que en él intervinieran, sino para una comprensión definitiva.

Para ello es menester una cualidad fundamental en el testigo, más importante que su sagacidad, y es la honradez, y eso es lo que a mi entender da un valor muy señalado a este libro. Porque la honradez consiste, en definitiva, en no dejarse seducir por las apariencias que puedan desviarnos de la rectitud de nuestro destino, en especial cuando ellas nos tientan con supuestos atajos hacia el fin propuesto. Esa honradez presupone también una sintonización con la propia época: hay que estar sumergido en sus limos, y saber advertir sus corrientes profundas, no sólo de un modo inteligente, sino anticipado a la inteligencia por la simpatía. Y Arturo Havaux es un producto cabal de su época, como puede advertirse sobre todo por su condición de autodidacto.

El siglo XIX es más que ningún otro el siglo autodidáctico. La sed de sapiencia mal avenida con la estrechez económica, y la especialización que aún no había roto todos los diques, hacían todavía posible para el supuesto hombre común de que hablaba la elaboración de un cosmorama digno de tal nombre, que abarcara al universo entero en sus comprensivos esquemas. Los espíritus inteligentes alargaban las horas de sus vigilias, escamoteaban a sus necesidades más perentorias las monedas imprescindibles para adquirir humildes y ambiciosas ediciones filosóficas o literarias. Había que acercarse al gran misterio, develarlo. Y no era aquello en la mayoría de los casos vana aspiración a un lucimiento de relumbrón, ya que el medio en que tales autodidactos vivían permanecía indiferente o burlón ante sus afanes. Se trataba de un ansia de auténtica comunión con el espíritu de la humanidad en procura de un sustituto de la desvanecida fe religiosa.

Claro que a veces el autodidacto se ensoberbecía con los resultados de sus esfuerzos, que solía ver magnificados, y se convertía en un pedante que

hartaba con su suficiencia, cuando no hacía reír con sus incongruentes interpretaciones derivadas de lagunas por él insospechadas en su información, que le permitían pintorescas asociaciones entre las más dispares teorías. Se corrían, en suma, los mismos riesgos de las nuevas sectas protestantes desvalidas del poder tutor de la ortodoxia. Pero ¡cuánto fervor, qué entusiasmo casi místico al comprender de pronto una deslumbrante idea que aparecía con el fulgor de un nuevo sol!

Y cuando, como en el caso de Arturo Havaux, se sabía sortear ese peligro de la suficiencia, por disposición natural a la autocrítica, qué auténtico en el entusiasmo, el asombrado cariño hacia los grandes hombres:

“Había alcanzado a leer algunos diálogos de Platón. Sin ayuda de maestros había estudiado inglés y leído a Shakespeare en su idioma.” Aún resuena aquí un dejo de natural jactancia en quien todo se lo debe a sí mismo. El autodidacto goza plenamente de sus descubrimientos, porque ningún maestro ha ido suavizando su asombro con anticipadas alusiones, predisponiendo su ánimo para el encuentro con el genio que de pronto lo envuelve entre las enceguecedoras evidencias de la gloria. ¡Con qué persistente ternura nos describe su hallazgo de las “Oeuvres complètes de François Villon, suivies d’un choix de poésies de ses disciples” en una librería de viejo y su casi furtiva adquisición por un peso! Pero también sabe el autodidacto inteligente sus propias limitaciones, derivadas en gran parte de ese entrar furtivo a la mesa del festín, sin la tranquilizadora presencia de un maestro que lo presente como digno de participar en él. Son melancólicas las palabras con que Havaux intuye las para él vedadas relaciones con un maestro y los fraternales lazos con los condiscípulos.

El autor ha sabido ser doblemente honrado en la empeñosa consecución de una vida armónica con su ser verdadero y en la relación escueta de lo esencial de esa vida, prescindiendo de los atrayentes pintoresquismos temporales tan de moda por su fácil llamado a la sensiblería. Sus referencias a hechos históricos, a circunstancias de ambiente, nunca son empleadas de una manera accesoria sino por su evidente necesidad como sustentadoras del relato. Las anécdotas son limpias, eficaces, llenas de sentido, reveladoras de la calidad del espíritu que las evoca. Citaré como ejemplo estas simples palabras comentadoras de su torpe iniciación sexual:

“La hija de Eva que me prestó el servicio era una pobre mujer de la grey de su clase, de edad mediana y de cuerpo ajado. Un camarada de juerga, mayor

que yo, le había hecho la confianza de mi condición de novicio y se portó conmigo como una madre.”

Esto no es rehuir la escabrosidad, sino afrontarla con hombría, porque comprender es superar, más que perdonar. La pureza de su intención le permite una arriesgadísima metáfora, “se portó conmigo como una madre”, sin rozar siquiera suspicacias, antes bien dándonos cabal sentido de su agradecimiento hacia la pobre mujer que lo servía.

Hombre de su siglo, para quien la inteligencia fué uno de los valores fundamentales, cuando no el toque calificador de todos los valores, Arturo Havaux nos da el testimonio de su fe en el destino del hombre, en la superioridad del espíritu. No sé si el actual descreimiento feroz de esas ilusiones estará más próximo de lo cierto; pero sin duda alguna está más lejano de la bondad.

Feliz el escritor cuyo libro, como sucede con éste, más que admiración nos suscita el deseo de estrecharle cordialmente la mano.

E. G. L.

J. R. WILCOCK: *Paseo sentimental* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1946). —

Desde su inicial *Libro de poemas y canciones*, aparecido en 1940, hasta su reciente *Paseo sentimental*, J. R. Wilcock ha pulsado las numerosas cuerdas de un canto inspirado cuyas resonancias se advierten cada vez más nítidas y personales. Cada vez se torna también más evidente su tendencia a imprimir en el estilo de su canto ese acento intransferible y peculiar que el tiempo, en incesante devenir, confiere a la expresión de todo auténtico poeta. Y esa expresión hacia la cual tiende de más en más el poeta se resuelve, en este caso, en una entrañable síntesis de sentido y de forma. Ya veremos cómo y por qué.

Dos cosas igualmente imperiosas intervienen en la formación espiritual y en el consecuente desarrollo lírico de J. R. Wilcock: su sensibilidad irreprimiblemente romántica y su devoción por los cánones menos accesibles de la mejor poesía clásica de todos los tiempos. Ambas propensiones —sentimental una, de índole formativa la otra— pudieron haberle precipitado acaso en una funda-

mental discrepancia, arrojándole oscuramente en una contradicción tan vehemente como aciaga. Pero el instinto poético, cuando no es sólo instinto, suele alejar al “paseante solitario” de ese llameante caos donde los símbolos sacrificados se agitan sin orden ni correspondencia. De tal modo el sagaz instinto poético del autor de este libro, que no es sólo instinto, como no es tampoco destreza o artesanía solamente lo que sostiene la ensambladura musical de sus poemas, le ha llevado a contener su ímpetu al borde mismo de la desmesura romántica y, alejándole de ella como de un espejo de tenebrosa fascinación, le ha conducido al fin, sorteando escollos y tentaciones, al claro equilibrio del sentimiento y la razón, a esa forma de conciliación unificadora en la que los elementos más discordantes parecen buscar un nexo, un estado congruente para modular desde allí el acorde supremo, esencial.

Lo que Baudelaire había vislumbrado en el “bosque de símbolos” de la naturaleza como elemento preformador de su materia poética, esa invisible y secreta correspondencia de las cosas, aun de aquellas aparentemente más evanescentes o incorpóreas —pues para él sonidos, colores y perfumes se correspondían en un solo acorde intenso y persistente—, pareciera tener irrefutable confirmación en el equilibrio de facultades tan contradictorias como intuición y lógica, entre cuyo señorío el autor de *Paseo sentimental* ha tendido el resonante puente de sus rimas. Y no es oficioso consignar aquí que lo que el último parnasiano y precursor a la vez de la alborada simbolista había incorporado como una presciencia a su particular visión de la realidad y al nuevo sentido estético de su tiempo, no era ya una revelación sino una reiteración de algo vetusto y eternamente original, como lo es también la poesía o el hombre que la crea; pues, antes que Baudelaire, Blake en Inglaterra, Novalis en Alemania, Poe en su soledad americana, interpretaron cada cual a su modo esa oscura y sutil correspondencia de los símbolos terrestres. Y muchos siglos antes la habían elucidado en su filosofía los pitagóricos, quienes, a su vez, hubieronle de hallar aludida ya en elementales cosmogonías.

Una reiteración y no una revelación es asimismo esa correspondencia de facultades que determina que éste, como cualquier otro poeta de su condición, haya logrado conciliar sus elementos y sus propensiones discrepantes en una severa voluntad de equilibrio, de armonía. Pero ¿es acaso concebible que quien no ha sido aún capaz de establecer dentro de sí la correspondencia y el orden de sus elementos pueda percibir la fluencia de los símbolos exteriores que se entrelazan en derredor como el inquietante bosque aludido por Baudelaire? Por

supuesto que no, porque sólo de un acuerdo fundamental de elementos diversos —y aun antagónicos— puede surgir la posibilidad de una percepción integradora, percepción tan necesaria para la armonía del mundo que Blake no la quería sólo para sí sino incluso para quienes habían limitado sus sentidos a los ojos de una caverna a través de cuyos orificios atisbaban la vida.

Muchos rimadores, que no llegan por eso a ser poetas, se aplican a ordenar, antes que su caos interior, el cúmulo de estrofas dictadas por las preceptivas comunes, y hay quienes ni siquiera han renunciado a la negligencia que les hace ignorar que esas mismas preceptivas a las que viven asidos con obstinación fueron ya, si no sustituidas, superadas, cuando no perviven aún como formas vacías y caducas de un esplendor desvanecido, a semejanza de ciertas ruinas que perpetúan un sabor meramente arqueológico. Sería imprudente exigirles nada fuera de las formas convencionales —a menudo enervadas por un excesivo artilugio retórico—, ya que, si el orden que les seduce no les viene del espíritu, tampoco pueden sorprender lo misterioso o lo sublime en las correspondencias que las cosas establecen entre sí con la pureza y la intensidad de un lenguaje inmortal. Y esas correspondencias —lo sabemos— son infinitas, tan infinitas como los acordes musicales, como los arreboles de las nubes o el movimiento de las olas en el mar.

El temperamento romántico —la propensión sentimental— de Wilcock parece haber buscado sin violencia, más bien con apacible naturalidad, una forma, un molde clásico. Es como si el oscilante ardor que suele caracterizar aquel temperamento buscara una quietud, un sosiego y una norma en la fría rigidez de los cánones. Dentro de los contornos de esa arquitectura inmutable y severa, erige el poeta su estremecido plinto desde el cual nos va murmurando recuerdos y nostalgias; allí le vemos tejer, solitario y a veces melancólico, su *Paseo sentimental* a la luz que mana la memoria del “tiempo perdido”, sumido ya en una lejanía inasible para el deseo, menos para el sentimiento que aletea allá, como un pájaro torturado, entre los pliegues del follaje de antaño. Su adhesión a la rima y a la métrica no es empero servidumbre o pueril vasallaje; ni siquiera dócil sumisión, porque su libertad expresiva no se pliega a rigores puramente fonéticos o prosódicos, ni a esos recursos verbales que constituyen los sostenes visibles de toda retórica. Nada de eso hay aquí —y no es éste quizá el mejor libro de Wilcock—, pues el autor ha sabido dar a su verso la plasticidad sufi-

ciente como para no caer preso en la celda que él mismo ha buscado para cantar, acaso por aquello que he sugerido hace un momento.

En otro sentido, Wilcock ha eludido muy bien los peligros que acechan a los paseantes sentimentales: la monocorde repetición de sensaciones y motivos, los gestos patéticos, los trazos prematuramente sombríos o las excesivas efusiones verbales. Sí; Wilcock es un amigo y un amante pudoroso que no oculta sus sentimientos —al revés de lo que acaece con ciertos románticos arrepentidos de su condición— y cuando en su *Lamento de Hero* evoca con desolada congoja a Leandro sepultado en las aguas, lo mismo que cuando conmemora lugares y personas queridas —en todo caso imágenes para él adorables— o como cuando en *Castigo de delincuentes* invoca la desolación, la esperanza, la memoria y el amor, lo hace con fervor y delicadeza, con un tono no exento de humildad. ¿De dónde le viene esa medida y ese atento vigilar su tumulto interior, sus intuiciones, su veta emocional? Sin duda, de la enseñanza de aquellos grandes maestros del llanto que tallaban sus lágrimas de fuego en la amatista y el topacio de indestructibles monumentos. Como quien va lleno de temblor a una catedral y se arrodilla, revistiéndose de una sublime serenidad, así entraban ellos al templo de Apolo y salían ornados de guirnaldas resplandecientes que el soplo de los años no ajaba ni destruía. Y ahí están, erguidos en una intemporalidad cada vez más luminosa: Shelley, Tennyson, Keats. A ellos honra Wilcock a lo largo de su tránsito lírico —bien está que así sea— y de sus constelaciones seculares arranca también los mejores destellos de su inspiración. No es hiperbólico decir que leyendo los versos de *Paseo sentimental* se sienten deseos de no reprobar la rima, tan ultrajada ya por tanto versificador ominoso.

CÉSAR ROSALES

JUAN LARREA: *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo* (Cuadernos Americanos. México, 1944). —

Este libro se inicia en el plano de la investigación estética, se vincula en seguida con lo social, se interna luego en la filosofía de la historia, y desemboca por fin en conclusiones de pretensiones en verdad metafísicas. Lo que resulta perfectamente justificado, si se considera que Larrea concibe al surrealismo, más que como una escuela estética, primero, como una experiencia esencialmente

colectiva; segundo, como un método de exploración en lo humano que puede dar respuesta a las más apremiantes e insistentes preguntas metafísicas.

El volumen tiene inmediato móvil en la publicación de un artículo de André Bréton, y declara intentar “un juicio acerca de los propósitos y realizaciones de este movimiento, de su situación y significado, teniendo en cuenta sobre todo que el juicio sobre el surrealismo implica el de ciertos problemas esenciales que en estos momentos de confusión exigen más que nunca ser esclarecidos”. La primera etapa del propósito perseguido agota pronto todas sus posibilidades, y la segunda, sólo metódicamente segunda, a mérito de la jerarquía del problema que enfoca, se erige en protagonista de este libro, breve pero diversamente sustancioso.

El propio autor ha favorecido el trabajo del comentador eventual, pues, mediado el libro, adelanta trece conclusiones sobre el problema que lo ocupa, de las cuales la primera es la fundamental: “El surrealismo, como fenómeno histórico, constituye el fruto poético extremo de la civilización occidental que en él formula sus impulsos de superación o tendencia mutativa hacia la universalidad; fenómeno que forma parte de un sistema histórico más amplio —raptó de Europa— correspondiente a la transferencia o solución de continuidad entre un mundo antiguo y un mundo nuevo”. Destaca luego Larrea el origen francés del movimiento, su carácter de “entidad pluricelular o colectiva”, o *egrégor*, según denominación de Pierre Babilie; su vida de entreguerras (1918-1938), su postura ante la U.R.S.S., y muy principalmente la corporación del surrealismo en “una trama de contradicciones correspondientes al estado de decadencia del mundo occidental”, de las cuales trata en todo caso de obtener la síntesis, superando las antinomias que ellas comportan.

Todos estos matices y muchos otros se ven ampliamente desarrollados en las ceñidas 108 páginas de este libro y giran, se concretan, en el “caso” de Brauner, artista surrealista que, después de pintarse tuerto en un autorretrato de 1931, perdió un ojo accidentalmente en 1938 a manos de un colega español. En este suceso —luego de un largo análisis— ve Larrea el “mensaje decisivo” del surrealismo, “la proyección integral del Objeto surrealista, su representación auténtica en la que se compenetran aunadamente sus dos hemisferios, simbolizando la integración de sueño y realidad”. Es fundamental insistir, a fuer de americanos, en la tesis, digamos geográfica, de este libro: “el *mito inmenso* que ha de facilitar origen al más allá universal... ha hecho acto de presencia histórica en España, fecundadora del porvenir de América. De España pasa a Nueva España, a

México, patria de la libertad y vórtice focal del nuevo mundo". Sobre esta idea vuelve y se revuelve Larrea con vehemencia, para terminar afirmando interrogativamente, en el último párrafo de su libro, que "aquí en América tenemos ya hoy día siquiera un pie en el mundo poético de la realidad".

Este libro es, con respecto al "sistema histórico más amplio" de que habla su autor —teoría explayada en *Rendición de Espíritu*— una concreción y particularización, en círculos de extensión sucesivamente menor, en el arte y en el surrealismo. La poesía, es claro, desempeña papel importante en la cosmogonía de Larrea, y ocupa en la *Rendición*, en especial, el capítulo XII: *Flagrancia de la Lira*. Esta obra colateral sobre el surrealismo, participa, pues, de la composición que el mismo autor atribuye a aquel libro madre, en la advertencia que lo encabeza "un cuerpo de realidades heterogéneas", entendiendo por realidad todo lo que se realiza en el espíritu de Larrea. O sea, y como él mismo ha enumerado: nociones y elementos geográficos, históricos, legendarios, religiosos, astronómicos, verbales, filosóficos, metafísicos, psicológicos, poéticos: "todos los campos de la realidad... se hallan de un modo u otro representados".

Conviene ahora deslindar la actitud y posibilidades del crítico ante un ensayo de esta naturaleza. Larrea utiliza sin duda —en lo posible fuera del campo estrictamente poético— el "método automático de exploración surrealista" que, a juzgar por su funcionamiento en él, se asienta en el trípode Marx-Freud-Bergson, según se verá después con más detalle. Envuelve y realiza su discurso con gran lucidez, con brillante exaltación que, si bien en sus puntos altos le presta vuelo y poder de convicción, en sus más insignificantes fundamentos se reduce a una especie de divertida (diversificada) gimnástica mental, a una antojadiza perspicacia. Me refiero ahora, en general, a la peligrosa soltura con que Larrea salta de intuición en intuición, y, en particular, a las conclusiones que extrae de sus propias aventuradas interpretaciones de hechos o palabras minúsculos. Por cierto que lo hace conscientemente, *v. gr.*: "*Generalizando sin temor, como es obligado hacerlo intuitivamente en un momento dado de cualquier escrutinio correcto, sobre todo científico...*" Y más: "*Haciendo funcionar sobre estos datos la calculadora imaginativa, se obtiene el resultado siguiente...*" Sobre estas bases tan variadas, la crítica —racional, racionalista— sólo puede ejercerse en la proporción que ellas tengan de racionales. Sería tarea vana, en

cambio, pretender sujetar en redes intelectuales los inasibles peces intuitivos que fulgura Larrea; criticar profecías o afirmaciones que distraídamente lo son, y ante las cuales sólo cabe la actitud del sismógrafo: registrarlas. Sólo otro profeta mejor inspirado, o el tiempo veraz, podrían redactar adecuados comentarios bibliográficos a tales predicciones. ¿Quién podría discutir las o rebatirlas cuando Larrea admite la posibilidad de que sus palabras, aunque salidas de su boca, puedan corresponder a otro ser o egrégor desvinculado de su persona? ¿Quién, sin arriesgarse a quedar englobado en esa “mentalidad dormida para quien todos estos síntomas parecen sutilezas casuísticas sin sentido”?

En cuanto a los aspectos lisa y llanamente psicoanalíticos del trabajo de Larrea, nada puede hacerse más que darles el crédito que el método mismo ha conquistado. No sin el íntimo temor de que el analista que está desbrozando de censura y represiones a los espíritus ajenos pueda ser a su vez víctima de una o muchas neurosis que lo obliguen, sin él saberlo, a disfrazar su realidad espiritual ante sí mismo y ante los demás. Haría falta otro psicoanalista para el psicoanalista y así sucesivamente.

Diré, en síntesis, que la posición del lector y aun la del crítico ante un libro como éste ha de ser la de un desprevenido espectador que se dispone a asistir con interés al desarrollo de un animado, deslumbrante espectáculo de raciocinios y adivinaciones, de luces y sombras.

La variedad e intrincación de *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo* revelan, empero, una fuerte unidad, que configura la actitud precisamente opuesta a la que, hace poco y en esta revista, anotábamos en un ensayista francés: Roger Caillois¹.

Toda la trayectoria del surrealismo, en efecto, es de clara filiación espiritualista, idealista, romántica. Cada generación —decía Borges— elige sus precursores. Busca en el pasado insospechados nexos con sus propios caracteres, olvidando qué permanente es el hombre, qué fácil es señalar las grandes coincidencias en los grandes temas a través de los grandes lapsos. Esto sentado, y a pesar de ello, puede insinuarse un itinerario cronológico de las precedencias reconocidas por el surrealismo. Viene de lejos: se anuncia gigantescamente en

¹ Sobre *Les Impostures de la Poésie*, SUR, N° 135.

los mitos de la antigua Grecia (a partir del siglo XV a. de J. C., aproximadamente). Diez centurias después, y todavía desde el fondo de los tiempos, Platón dijo ya, en *La República*, verdades psicoanalíticas acerca de los sueños. Saltando siglos, la semilla superrealista se traslada hasta el romanticismo francoalemán caracterizado por Béguin y reconocido por Larrea. Dentro de él, Novalis en Alemania (producción: 1791-1801) y Nerval en Francia (1842-1855) son quienes más cerca están del espíritu superrealista (Larrea: "El superrealismo consiste en la trasposición de la experiencia individualizada de Nerval a una estructura colectiva"). Feneciendo ya el siglo XIX, el superrealismo clava su garra en Rimbaud (1869-1874) y se emparenta con Nietzsche y su superhombre (1883-1888). En 1880, con el método catártico de Brauer, nace la disciplina científica que habrá de difundirse casi sin límites a partir de 1907: el psicoanálisis. De sus descubrimientos, interesan al surrealismo aquellos que se vinculan con el mundo de los sueños, pues lo proveen de un método de investigación que dará a la escuela su mejor oportunidad de gastarse y su característico tinte de disciplina científica, aproximando los términos al extremo de que Ivan Goll acusaba a Bréton de confundir el arte con la psiquiatría, y Larrea, en reveladora metáfora, denomina poeta a Freud. En 1917, el superrealismo halla su bautista en Apollinaire (*Les Mamelles de Tirésias*). Simultáneamente el impulso adopta por primera vez la forma de escuela literaria, o, más bien, no literaria: *Dada* (1916-1920). El ciclo productivo propio del superrealismo, por fin, se ubica, como se ha dicho, entre 1918 y 1938, para rendir en este último año su caso según Larrea más significativo: el de Brauner, con todas sus implicaciones y trascendencias, inclusive la extinción del grupo por esterilidad sobreviviente.

Durante esta trayectoria Larrea avanza por terrenos abominados por Caillois: la videncia, la profecía y la elevada misión que atribuye al vate: "a los poetas incumbe efundir aquella libre claridad que ponga en evidencia los valores universales de manera que, establecida una conciencia genérico-cósmica, las actividades eficientes se deslicen por las laderas del automatismo creador que nos conviertan a la construcción de la Ciudad Humana". El tono de la definición, las palabras en ella usadas, inclusive sus enfáticas mayúsculas, dan la pauta del tono profético y grandilocuente con que actúa Larrea cuando llega a la cúspide de sus ideas; adjetivos que no implican desmedro, dado que el autor se coloca voluntariamente en actitud délfica y la grandeza humana en que cree lo torna resonante al exponerla. En cuanto a la aludida *Ciudad Humana*, comporta, desde luego, alusión

a San Agustín y al supermito que Larrea predice como síntesis histórica, dentro del siguiente orden cronológico: “época objetiva de marmórea luz pagana” (tesis; *Civitas Diavoli* para San Agustín); introversión cristiana, antítesis; *Civitas Dei* de San Agustín); y época de la Realidad preconizada por Larrea, como síntesis suprema: *Civitas Hominis*.

Aunque diferentes en su formulación, aquella amonestación de Caillois —sólo referida a lo poético— y esta conminación de Larrea —que se centra en el campo de la filosofía de la historia, inaugurado precisamente por San Agustín— coinciden en dar por terminadas las funciones del espiritualismo contemporáneo, en cuanto antítesis, en cuanto afirmador de lo antes negado y viceversa, para auspiciar el primero y vaticinar el segundo la era de la síntesis, de la penetración del hombre en la realidad definitiva.

Como contribución al estudio de la certeza posible de las ideas de Larrea, me incumbe decir que muchas de sus conclusiones son confirmadas francamente o por lo menos no son desmentidas por los hechos poéticos argentinos de 1920 hasta hoy, a cuyo análisis estaba precisamente dando los últimos toques cuando comencé la lectura de este libro. La coincidencia es fundamental, sobre todo, en cuanto a la fecha en que comienza a hacerse sentir la influencia neorromántica en la Argentina, y su principal cabecilla. Larrea, en efecto, dice que la voz de Pablo Neruda —que vincula lícitamente al superrealismo— “es la que mejor parece responder al hábito del actual clima hispanoamericano, ya que ha ido adquiriendo, con un prestigio un poco misterioso y general de que ningún otro poeta dispone y bajo su favor, un desarrollo pleno”. Esta observación, por lo que se refiere a la Argentina, es totalmente exacta: desde 1933 y 1934, fechas en que, respectivamente, comenzó a aparecer *Residencia en la Tierra*, y Neruda coincidió en Buenos Aires con García Lorca, el chileno influyó centralmente en la poesía argentina, y dió lugar a ese fenómeno que tan bien expresa Larrea: “Todos los ismos que conocían a la sazón boga en Hispanoamérica han ido siendo poco a poco desbancados por esta ululación angustiosa de lo informe.” La multitud de hechos superrealistas de importancia que ocurren entre 1930 y 1935 coinciden, al llegar ese año, con el advenimiento de la promoción argentina de poetas que ha de imponerse sin reatos en 1940, dos años después —atraso razonable— de la “gran cosecha surrealista”. Sólo yerra Larrea, por lo que a nosotros se refiere,

en cuanto a la obra que llevó a su apogeo la influencia de Neruda, pues alude a los *Veinte Poemas de Amor*, cuando el libro, aquí venerado, cantado, hurgado, imitado, ha sido la aludida *Residencia*.

Por lo demás, es acertadísimo y decididamente seductor el análisis que Larrea realiza sobre la significación de Neruda en América, en oposición a Rubén Darío. Incapaz Neruda de ascender, según Larrea, a la suprema síntesis que busca el surrealismo, se coloca cabeza abajo hacia el caos sin lograr superarlo; se afirma en el decadente mundo europeo —Rusia—, olvidado del surgente americano. Al pasar: Larrea ve en la tuertez de Brauner el logro del afán sintético del Vidente, la conjugación de la antinomia *ver* (órbita llena) y *ser visto* (órbita vacía). Y bien, a propósito de ojos abiertos y cerrados, llenos y vacíos, a propósito de la posición desfalleciente de Neruda, ¿por qué no recordar aquellos dos versos de *Agua Sexual*?

...cómo un párpado atrozmente levantado a la fuerza
estoy mirando...

Diría, tal vez, Larrea: Neruda no posee doble visión interior y exterior, Neruda vierte su mirada hacia afuera, y todo lo ve atrozmente, pero no se ve a sí mismo ni menos a la Realidad. (En este orden de lucubraciones sería interesante intentar el paralelo entre el *alba de oro* de Darío, tal como hacia el futuro la interpreta Larrea, la *Edad Dorada* hacia el pasado que Cervantes añoraba por boca de don Quijote y la *Edad de oro* de que nos habla la mitología, cuando los dioses convivían con los hombres y los frutos germinaban por sí solos.)

No se ve bien, a través de este solo trabajo, cuál es exactamente el ideal social de vida que predice Larrea: lo que es natural, dada su especialización estética. Conviene, pues, ir a buscarlo a *Rendición de Espíritu*, donde se concreta así: “Como el niño hacia la edad madura, la humanidad debe ser arrastrada teleológicamente hacia el desarrollo natural de lo humano.” Y en una de las *Mesas Rodantes* de *Cuadernos Americanos* puede leerse que esa “absolución en lo universal” que lograremos por mediación de la conciencia “se diferencia tanto del sistema individualista en que hemos nacido como los férreos sistemas estatales de masas

que constituyen su espontánea y transitoria antítesis". Se llegará así a "la comunión espiritual y material de los hombres dentro del organismo autocreador de la universalidad". En cuanto al socialismo, será la herramienta de organización económico del cuerpo social: "un mundo en que la administración de los bienes temporales, una vez vencida la desigualdad presente, pase al lugar técnico que le corresponde, dejando espacio libre para el desarrollo de los valores supremos en el goce, por fin, de una efectiva naturaleza humana.

Jesús Silva Herzog ha propuesto una ubicación entre utópica y romántica de estas ideas sociales: "cierto socialismo en que parece soñar Juan Larrea". Este sueño, esta exaltada fe en el destino hispanoamericano se comprende mejor, se toca, volviendo las páginas de *Cuadernos Americanos*, revista cuyo director es Silva Herzog y cuyo secretario es Larrea, y que ha logrado la vigorosa hipóstasis de los más altos espíritus de la España peregrina y de un gran sector de la América adolescente, allá en México, tensamente limítrofe con el poderío ingente de los Estados Unidos. Estos desterrados viven su vida en una dimensión desconocida para quienes, como nosotros, permanecemos arraigados en nuestra patria. Todo pensamiento e impulso que salga de estos Diez Mil ha de ser respetado; ha de permitirse y comprenderse que su áncora desconcertada se aferre a nuestras arenas y crea en ellas tanto como le sea necesario para aferrarse.

Como actitud política personal, este libro traduce la que en otro momento ha propugnado Larrea: el júbilo de contribuir a la creación del mundo en puertas "con los panoramas orientadores y aclaratorios, con la justificación del pasado y del presente en función del futuro, pensando ideas políticas y sociales, creando una conciencia y una moral genéricas, dando ocasión a que el Verbo se exprese a través de nuestras vidas..." Ante esta posición, José Medina Echavarría ha formulado una reserva que redondea y perfecciona, a nuestro ver, el pensamiento de Larrea: "Mas sólo algunos, por preparación o por pasión, pueden sentirse capaces de hacer públicas sus meditaciones políticas... Creo, pues, que la auténtica misión política del intelectual es la de ofrecer ideas políticas... pero con una condición: la de tener *talento político* y la de que acepte su propia y peculiar responsabilidad."

En otra de las *Mesas Rodantes* ha formulado Larrea una diferenciación que nos conducirá directamente a la zona filosófica de su pensamiento. Distingue "entre dos clases efectivas de conciencia: una la subjetiva y estrechamente social

y otra de mayor alcance, acaso cósmica, a cuyos ojos lo social es objeto, y, en cierto modo, instrumento”.

Repetimos: si tuviéramos que definir este ensayo por su esencia, diríamos que es filosófico. Y, para ubicar a Larrea dentro de esta disciplina, hay que cobijarlo en la familia metafísica de cuyos rasgos participa: el idealismo postkantiano, la trilogía romántica Fichte-Schelling-Hegel: no en vano a principios del siglo XIX Novalis (poeta), Hegel (filósofo) y Schelling (poeta y filósofo) coincidieron en Jena; ahora, promediando el siglo XX, se reencuentran una vez más en el numen de Larrea. Para Schelling lo absoluto es la conciliación de los contrarios, su síntesis, su unificación. Para Larrea, la antinomia es el obsesivo vestiglo que los superrealistas quieren aniquilar. Fichte realizó el descubrimiento metódico de la tripartición del razonar en tesis, antítesis y síntesis; Hegel “lo traslada de lo subjetivo a lo absoluto” (Falkenheim), pues pone lo absoluto en el dinamismo de la razón; Larrea aplica continuamente este triple mecanismo.

Hecha así la instalación principal, los lineamientos complementarios que demarcan la personalidad de Larrea se pueden designar ya con nombres propios. *Spengler*: Aunque parezca contradictorio ingerir a este naturalista entre tanto idealismo, él tiene de común con Larrea aquello que Papini llamaba *il signor Werden* (devenir) —y con Hegel, y con Bergson—; y su concepto organicista, biólogo, de las culturas, respetado hasta por Keyserling, uno de los más implacables detractores de Spengler; de él arranca también el pronóstico de la ruina de Occidente, que Larrea retoma para insuflarle su peculiar optimismo. *Marx*: Vinculado en su dialéctica con los idealistas, hasta el punto que se ha definido el marxismo como el hegelianismo en lo económico, Carlos Marx es el principal abastecedor de las ideas políticas y sociales de Larrea, que, según se ha visto, acepta el socialismo como instrumento crematístico de la sociedad ideal. *Bergson*: Los idealistas utilizaban la intuición para el establecimiento originario de lo absoluto, y luego deducían; Larrea, establecido su absoluto —la Vida— saca de él sus conclusiones, utilizando la razón dialéctica y la intuición bergsoniana, con lo cual su mecanismo lógico, simultáneamente, se fragiliza y se provee de alas. *Freud*: Lo dicho, agregando que Larrea encuentra “el método psicológico de conocimiento que se debe al psicoanálisis, concordante en el fondo con la tradicional estructura dialéctica” (*Rendición de Espíritu*). Y Larrea mismo, por último —su propio espíritu,

su propio estro— informa a Larrea; pues lo que hemos pretendido describir no es, por cierto, un mosaico o un rompecabezas que no existen, sino un hilo que, desde el tiempo y la cultura, nos conduzca al lugar exacto donde ahora se ubica el pensamiento de Larrea.

Los antecedentes poéticos de Juan Larrea son de lo más superrealista que puede hallarse en España: él mismo llamó a su literatura “pasión y vitavirilidad”, y Díaz Plaja señaló en él al más liberado de viejas retóricas entre cuantos intentaron tal modalidad. Juan Ramón Jiménez lo llamó “huidobrista”, y en este libro, en efecto, hay una enaltecedora alusión al creacionista y su influencia en España. Los antecedentes universitarios de Larrea, además, le permiten transitar cómodamente por los terrenos que explora, que, si bien no son eruditos en sí, necesitan del cimiento de la erudición.

El reconocimiento de la esterilidad del superrealismo a partir de 1938 y las violentas críticas que formula al arte y conducta de superrealistas a quienes considera extraviados (Salvador Dalí, principalmente), denuncian la imparcialidad de Larrea ante el movimiento en sí, lo que no empece su entusiasta parcialidad ante la ola histórica y filosófica en que lo considera inmerso.

En cuanto al “llamado estilo”, digamos que es un fuerte en Larrea, pese al desdén con que alude a sus “intrascendentes incentivos” (“*le secret de l'avenir c'est le secret du style*”, ha decidido Giraudoux). Apuntemos en Larrea, al pasar un rastro estilístico de los afanes cósmicos del ultraísmo, que se aviene, por cierto, con la naturaleza exaltada de lo que procura expresar. Se sabe, por otra parte, que, salvo los íntimos tecnicismos, el crítico literario está prácticamente obligado a tomar prestado su lenguaje, por vía metafórica, de una esfera no literaria. Sólo se trata, entonces, de acertar en la elección de esa esfera o esferas, y en las metáforas que de ella o ellas se extraigan. Advertimos en este libro, por lo demás, deslumbrantes aciertos conceptuales y expresivos, como éste: “el cubismo, pretendiendo romper la imagen de la realidad, ha destrozado el espejo”.

Y, en tren de decirlo todo, deben elogiarse las ilustraciones de la edición, entre las que destaca una espeluznante personificación del romanticismo, a cargo de Leonardo Alenza y Nieto. Es un grabado tenso, que sostiene como por milagro su equilibrio de volúmenes; sopla en él un viento disgregante que parece dispuesto de un momento a otro a desintegrar y volar las imágenes. Con todo ello, parece

anunciar en su tiempo —zona precordial del siglo XIX— el derrumbe estético que se habría de producir cien años después.

Por encima de su brillante articulación, de su erudición implícita, de sus méritos estilísticos, la virtud que salva y eleva a este ensayo y a este ensayista es su afán de universalidad. Inherencia, antes que de la Historia, del hombre mismo. Afán que empuja y arrastra al perseguidor del ideal. Ya cree palparlo, estarse abrasando en él, y, quizá, arde todavía muy lejos, al borde del horizonte, como esas parvas incendiadas que iluminan a veces las noches del campo argentino.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

ITINERARIO DE POSTGUERRA

UNA ALDEA DE FRANCIA

París, 19 de octubre de 1946.

Está a sólo veinticinco kilómetros de París. Nadie se acordó de hacer pasar un tren a la vera de sus tierras de labranza; por eso sigue siendo una aldea. El autocar que se detiene varias veces al día junto al caserón que las gentes del lugar llaman castillo, sale de la plaza de la Bastilla, marcha largo rato a orillas del Sena, contempla un instante el Marne y se adentra luego en las calles estrechas de los pueblos suburbanos.

Poco a poco las casas grises de los arrabales se sueltan las manos y dejan pequeños espacios que todavía no son jardines, sino trozos de tierra apenas verdes, agobiados por vigas negruzcas que son como las muletas de las paredes vetustas y tambaleantes. Después las fachadas se aclaran, iluminadas por ventanas triviales y arbolitos geométricos. En las verjas desfila la inocente bobería de los nombres dulzones o pomposos. Luego las casas se van alejando detrás de jardines cada vez más profundos y más anchos. De pronto nace un interminable muro de piedra por el que asoman encinas y nogales. Y cuando ya uno cree que sólo existirá ese muro en el paisaje, se alza la estampa clásica del castillo de "Gros Bois", en el fondo de una severa avenida de plátanos.

Ahora se han acabado los jardines. La tierra se ha quitado los adornos y se ha puesto a trabajar. Un senderito, no más ancho que el paso de un hombre, se

para las parcelas labradas hasta el último palmo. La forma geométrica predominante es el rectángulo; dorado rojizo para el trigo maduro, amarillo verdoso para la avena, verde franco en la alfalfa, un poco más gris en las papas, vetado de rojo en las remolachas. De cuando en cuando un campo de rosas. Colinas blandas de un lado. Del otro, una llanura, inmensa para los ojos de las gentes de aquí, acomodados a los terrenos ondulados.

La aldea sube y baja las lomadas entre los llanos de Brie y el barranco umbroso de su río molinero. Las casas, todas iguales, tienen todas también techumbre de tejas florecidas de musgo. Sólo tres calles ostentan nombre: "La calle grande", "La calle nueva" y "El camino del estanque". Las otras son caminos pequeñitos que desembocan en los prados o bajan al río. La plaza se parece a las plazas de todas las aldeas. Un cuadrado de árboles de follaje cúbico al que se asoman la iglesia, la pared agrietada de una granja tres veces centenaria y el café del pueblo.

En tiempos pasados hubo aquí gran cantidad de viñas, pero la filoxera se ensañó de tal modo con ellas, que los campesinos acabaron por arrancarlas y sustituirlas por manzanos. Pero ahora están enfermos los manzanos y escasea el vino y otra vez van naciendo las viñas de hojas anchas y uvas diminutas, nunca totalmente maduras de las que sale un vinillo agrio y delgado. Sin embargo los aldeanos están orgullosos de su vino, tan sólo porque viene de su tierra y porque es puro, no como el que ha pasado por las ciudades y cuesta dinero.

Los hombres de esta tierra son codiciosos y ásperos, huraños con el forastero. Una sola pasión los absorbe: ensanchar sus parcelas. Cada familia espera que la muerte de los padres haga nacer disensiones en la familia vecina y poder así comprarles las tierras. Y trabajan tanto doblados sobre el surco, que nunca logran marchar del todo erguidos. Y sin embargo, viejos y torcidos por el reuma y la interminable labor cotidiana, siguen acudiendo todos los días a la cita que han fijado para siempre con la tierra. Cuando ya no pueden ni arar, ni sembrar, ni cosechar, escardan y atan gavillas, recogen la fruta bajo los árboles. Y cuando ya no pueden andar, se sientan a la puerta de sus casas a mondar arvejas o a seleccionar hortalizas para el mercado.

En esta aldea vive una mujer muy vieja, en todo parecida a las gentes del lugar. Se llama Madame Cointe y tiene noventa y dos años. De cuando en cuando los achaques de su mucha edad la recluyen en su casa. Entonces yo paso a ver si necesita alguna cosa y a charlar con ella de la muerte unas veces y otras

de sus vecinos y los míos. Ella los juzga mucho más duramente que yo, porque, dice, los conoce como la palma de su mano. Hace cuarenta años que vive en la aldea. No, ella no es de aquí, ¡Dios la guarde! Es forastera. Lleva cuarenta años de forastera. Cómo pude creer que había nacido aquí. ¡Ella nació en París! A pesar de los años transcurridos, todavía no se ha acostumbrado a la manera de ser de los aldeanos. Son sórdidos, son avaros, son malos. Si intento decir a Madame Cointe que lo que ella llama maldad proviene de la vida dura de los campesinos, de su mucho trabajo, recibo una mirada preñada de severidad y la frase cien veces repetida: “Usted no los conoce como los conozco yo”.

Un día en que mi amiga se ensañó más que de costumbre con los aldeanos y yo llevé, también un poco más lejos que de costumbre, su defensa, me dijo meneando la cabeza: “Cómo se ve que usted no ha estado aquí durante la guerra. Si los hubiese visto entonces, no los justificaría como los justifica. Se portaron de una manera odiosa”. Creyendo que se refería a delitos de colaboración, me atreví a insinuarle que hubiera sido muy difícil negarse a vender productos a los alemanes instalados en la aldea.

—No se trata de los negocios que hayan podido hacer con los alemanes. En esto no han sido ni peores ni mejores que en otros muchos sitios. Allá ellos con su conciencia. Lo que yo les reprocho es mucho más grave. Les reprocho su maldad para con los hambrientos que venían a comprar legumbres y fruta. Preferían dar las manzanas a los cerdos a vendérselas a los parisienses. No tenían compasión de nadie. No cedían ni a las súplicas ni a las amenazas. Y no porque les tuviese más cuenta llevar sus productos al mercado que venderlos aquí a la pobre gente que llegaba a pie o en bicicleta después de leguas de camino. De haber podido, hubieran recogido hasta el último grano de trigo del surco para que los que venían a espigar se fuesen con las manos vacías. ¡Y Señor, cuánta gente llegaba a la aldea después de la siega! Total, para llevarse un saquito de espigas del tamaño de un bolso de mano. Los campesinos los miraban remover afanosamente la tierra, desde lo alto de sus carros abarrotados de cereales y sonreían con desprecio. De nada le servía al hombre de la ciudad su dinero. Había sonado la hora del desquite para el hombre de la tierra. Su rencor era más fuerte que su codicia.

—Me está usted dando la razón, Madame Cointe. El sentimiento del campesino que así se sobreponía a su codicia es más complejo que la maldad. Proviene del viejo antagonismo que no consigue echar un puente entre la ciudad y el campo.

—Por favor, ¡en plena guerra negar alimentos a los parisienses para enseñarles a justipreciar el trabajo de la tierra! No, puedo asegurarle que no era tan desinteresada su maldad, ni había en ella exclusivamente ansia de desquite. Había, sobre todo, la intención deliberada de desalentar a los forasteros, de alejarlos del lugar. Yo creo que esta aldea sigue siéndolo pese a la poca distancia que la separa de París porque sus habitantes no adoptan jamás a los intrusos. Ya puede alguien instalarse aquí, vivir como yo cuarenta años. Desde el primer día hasta el último le tratarán como a enemigo. ¿Sabe usted que cuando me establecí en el pueblo cada vez que iba a cortar un poco de hierba a orillas del río me encontraba con el guarda rural. Tantas veces se repitió esto que acabé por preguntarle si me seguía. El hombre me confesó que le habían encargado que no me perdiese de vista, no fuese yo a esconder algunas manzanas robadas en el fondo de mi carretilla. Para ellos, en cada forastero hay un ladrón.

Mientras escuchaba a Madame Cointe indignarse por las pasadas vejaciones y la indiferencia presente, miraba yo irse el día del otro lado del barranco. Las pequeñas parvas cónicas perdían lentamente el dorado brillante de la plena luz. Del río se alzaban lomos de bruma transparente que se fundían poco a poco en un telón de fondo. El valle diminuto se volvía cada vez más irreal. Los cables de alta tensión rayaban de negro el horizonte. De pronto, las luces del molino de enfrente trajeron la noche.

—Los hombres de aquí serán malos, Madame Cointe, pero el paisaje es muy hermoso...

Y se me ocurre que su ferocidad nos lo preserva. Pienso con tristeza en el día en que el tren transforme a la aldea en un pueblo suburbano. El valle se llenará de adefesios de ladrillo. Nos quitarán el río y el cielo. Tendremos techos de zinc en lugar de tejas policromadas...

—No tenga usted miedo, la aldea seguirá viviendo todavía muchos años. Los campesinos no dejarán vender la tierra. Cada vez que una parcela sale en subasta la compran los de aquí. Y ahora son ricos. La guerra les ha hecho ganar montones de luises de oro. Saben que el paisaje atrae a los forasteros, por eso tratan de ahuyentarlos. Si pudiesen se sentarían sobre el paisaje para ocultarlo a los ojos extraños. No porque ellos amen el cielo o las nubes. A ellos sólo les importa la tierra. Dueños de la tierra son los amos del país. Aumentan cada día el precio de sus productos. Han descubierto su fuerza. El

gobierno los adula. Todos están pendientes de ellos. Abastecen el mercado negro, el grande, el de los acaparadores, no el de los infelices que acuden en bicicleta para llevarse cuatro docenas de huevos y revenderlos en su barrio. No tiene más que mirarlos y verá lo gordos y lucientes que están. Llevan encima la grasa de todos los cerdos que se han comido para no venderlos al precio de la tasa. Han aprendido el sabor de la carne y le han tomado gusto. Gracias a la tierra no saben lo que es vivir de un jornal.

—Pero ¡cuánto trabajan!

—Sí, trabajan, trabajan y agotan la tierra. Nunca estuvieron los campos labrados como hoy, hasta el último palmo. Porque el surco rinde.

Ya era noche cerrada. Los últimos latidos de una trilladora lejana acababan de extinguirse. Del otro lado del río, más allá del molino, más allá de la masa oscura del bosque ondulaban las luces de un pueblo con tren, de un pueblo que había dejado de ser aldea.

MIKA ETCHEBEHERE

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA

En noviembre de 1945 se reunió en Londres la conferencia encargada de constituir, de acuerdo con la recomendación hecha por la Conferencia de San Francisco, una Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (U. N. E. S. C. O.). SUR se complace en adelantar a sus lectores una exposición de las bases y fines de la nueva Organización.

CONSTITUCIÓN DE LA U. N. E. S. C. O.

Los Gobiernos de los Estados signatarios de esta Constitución, en nombre de sus pueblos, declaran:

que puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz;

que la incomprensión mutua de los pueblos ha sido, a través de la historia, uno de los motivos de desconfianzas y de recelos entre las naciones, por lo cual sus desacuerdos han degenerado en guerra con demasiada frecuencia;

que la grande y terrible guerra recién concluída fué posible por la negación de los principios democráticos de la dignidad, de la igualdad y del respeto del hombre y por la voluntad de sustituir tales principios, explotando los prejuicios y la ignorancia, con el dogma de la desigualdad de los hombres y de las razas;

que la dignidad del hombre al exigir la amplia difusión de la cultura y la educación de todos para la justicia, la libertad y la paz crea un deber sagrado que todas las naciones tienen que cumplir dentro de un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua;

que una paz fundada exclusivamente en los acuerdos políticos y económicos de los gobiernos, no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos y que, por consecuencia, esa paz deberá basarse sobre la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

Por estas razones, los Estados signatarios de la presente Constitución, convencidos de la necesidad de asegurar a todos amplias e iguales oportunidades para la educación, la investigación sin restricciones de la verdad objetiva y el libre intercambio de ideas y de conocimientos, resuelven desarrollar y multiplicar las relaciones entre sus pueblos a fin de que se comprendan mejor entre sí y de que adquieran un conocimiento más preciso y verdadero de sus respectivas vidas.

En consecuencia crean, por la presente, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, con el fin de alcanzar, mediante la cooperación de las naciones del mundo en los dominios de la educación, de la ciencia y de la cultura, los objetivos de paz internacional y de bienestar general de la humanidad para los cuales se ha establecido la Organización de las Naciones Unidas, y que su Carta proclama.

LA U.N.E.S.C.O. EN EL MUNDO DE LA LITERATURA MODERNA

U. N. E. S. C. O. es, hasta fines de 1946, una Comisión que busca las direcciones y los medios por los cuales la Organización de las Naciones Unidas puede fomentar, entre las naciones y los individuos, “una mutua comprensión y un conocimiento más real y más perfecto de la vida de cada uno de los otros”, en las esferas de la ciencia, la educación y la cultura.

Unesco es, pues, actualmente, una investigación, una exploración en el campo de todas las posibilidades que permitan la ayuda a la actividad intelectual y, mediante ella, favorecer la causa de la paz. En realidad, la labor de Unesco se propone dos fines complementarios: uno, la creación de una organización mundial para el fomento de la ciencia, de la educación y de la cultura; otro, el empleo de estos instrumentos del espíritu humano para restituir a los hombres “la dignidad, la igualdad y el respeto”. Ambos fines vienen a ser idénticos, si aceptamos la hipótesis de que el esfuerzo desinteresado para la conquista del conocimiento y la lucha contra la ignorancia trabajan en pro de una mejor comprensión entre las naciones.

Unesco tiene tres Secciones principales (Educación, Ciencia y Cultura), que figuran en su nombre. Cuando la organización, que se está articulando ahora, se encuentre en completa actividad, tal vez se echará de ver que su nombre hace pensar en una simetría y un equilibrio de tres funciones, que no se logran en la práctica. Por ejemplo: en el campo de la ciencia, Unesco puede llegar a ser el instrumento mediante el cual las naciones acometan empresas espectaculares y gigantescas. En cambio, por lo que afecta a la educación, es posible que, durante los años próximos, haya que realizar trabajos de restauración muy importantes pero menos espectaculares. Y, si pasamos a la esfera de la cultura, vemos que hay ya un sistema complejo de relaciones culturales entre las naciones y que, en muchos casos, Unesco prestará su ayuda a organizaciones existentes y vendrá a llenar lagunas en las relaciones culturales entre unos países y otros, producidas por dificultades económicas o de otra naturaleza.

Los proyectos de la Sección de Literatura sobre “Traducciones” y “Centro de difusión para escritores” permiten ver claramente las líneas a lo largo de las cuales se desarrollará, con toda probabilidad, la obra cultural de Unesco. Dichos proyectos merecen que se les haga objeto de una discusión detenida, porque tratan de

la situación actual de las relaciones literarias internacionales y señalan la clase de trabajo que Unesco puede llevar a cabo en este respecto.

Aunque son muchos los países del globo en que se publican numerosas traducciones de libros, es evidente que dejan de traducirse no pocas obras de valor, por no ser susceptibles de gran difusión, y esto puede deducirse tanto de la literatura del pasado como de la contemporánea. Recientemente, el director de una revista francesa hizo una lista de libros ingleses, que constituye una ojeada inteligente a los clásicos menos célebres de aquella lengua. Dicha lista comprende libros que no han sido traducidos al francés, o que lo han sido pero en traducciones deficientes o anticuadas. Si pudiéramos tener una visión de conjunto que nos permitiese apreciar la situación mundial, en lo que respecta a las traducciones, comprobaríamos que, en algunos países, hay una negligencia sorprendente con respecto a las obras maestras de otros, debido a las contingencias que se producen en las disposiciones actuales sobre este punto, adoptadas bajo los efectos del azar.

En vista de esto, Unesco propone que se hagan listas de las obras de cada país que merezcan traducirse. Se recomendará a los editores la publicación de dichas obras y quizá se pedirá para ello, en algunos casos, el apoyo de Unesco. También propone Unesco que esta Organización tenga sus traductores propios, con objeto de que las traducciones sean de la más alta calidad posible. Existe igualmente otra propuesta de un premio anual para la mejor traducción de un libro.

La traducción de la poesía constituye un problema especial. La idea de traducir obras extranjeras atrae a la mayoría de los poetas, hasta el punto de que es raro encontrar un gran poeta que no haya hecho ensayos de este género. La traducción es un ejercicio que fascina y que ofrece al poeta cierta inspiración, en el deseo de verter a su propia lengua una obra literaria de otro país, que es de su gusto. Sin embargo, hay razones de orden material que impiden, muchas veces, al poeta dedicar todo el tiempo que desearía a la tarea de traducir la obra de un poeta extranjero transformándola en poesía de su propia lengua. Por esto, Unesco propone que se ofrezcan becas a los poetas que tengan la intención de traducir poemas extranjeros de significación singular.

El "Centro de Difusión para Escritores" es un proyecto relacionado también con esa deficiente distribución internacional de la mejor literatura, que ha dado origen al proyecto sobre las traducciones. En las revistas literarias de los diversos países donde no abundan los lectores y donde la vida cultural está, desde el punto de vista económico, en situación inferior a la de otros países más ricos, la obra

de los grandes escritores contemporáneos no tiene la amplia publicidad que sería de desear. Además, por las mismas razones, la obra de algunos escritores de países pequeños no llega a conocimiento de la gran masa de lectores de las revistas publicadas en los países grandes.

Para poner remedio a tal estado de cosas, se propone que Unesco cree un Centro de Difusión y que se invite a los escritores a enviar al mismo algunas de sus obras, con objeto de que las pequeñas revistas puedan tomar lo que les convenga de la obra de los escritores de los países grandes y de que, por su parte, los editores de éstos tengan ocasión de conocer las obras de los escritores de los países pequeños.

En la Sección de Literatura de Unesco existe también un departamento consagrado al teatro, con la misión de promover la creación de un Instituto Internacional del Teatro. Este Instituto funcionará como centro y organismo de relación en todo cuanto afecta al teatro. Su objeto será, naturalmente, la difusión y la propaganda, por todo el mundo, de las mejores obras teatrales, pasadas y presentes.

Para fomentar la literatura y, a través de ella y de modo indirecto, las relaciones internacionales, Unesco se preocupa, no solamente del interés público en adquirir una idea más exacta de la literatura universal, sino también de las condiciones en que trabajan los escritores. Para ello, está preparando un convenio internacional sobre los derechos de autor y, además, propone que se haga un llamamiento a varias grandes fundaciones, como las de Rockefeller y Carnegie, pidiéndoles que creen becas destinadas a los escritores.

En una de las reuniones de Unesco con delegados de los gobiernos, se aprobó una noción en el sentido de que Unesco compile una antología de todo lo referente a sufrimientos y resistencia, en los países ocupados, durante los años de guerra. Se está reuniendo actualmente el material para dicha antología, que se traducirá a varias lenguas.

Hay, asimismo, diferentes proyectos sobre traducciones y antologías, que se presentarán a la Conferencia que va a celebrarse en noviembre de 1946, e inmediatamente después de ésta comenzará a organizarse el instrumento encargado de llevar a la práctica los proyectos aprobados. Puede, pues, preverse que la misión de la Sección de Literatura será la de presentar un cuadro amplio y objetivo de la situación literaria en el mundo a la generalidad de los lectores, poniendo al alcance de los editores el material necesario y mejorando la situación de los escritores. Es de importancia esencial que, conforme dichos proyectos vayan teniendo

realización, se desarrolle una colaboración viva y eficaz entre los editores, los escritores, los lectores y Unesco. Unesco no tendrá éxito si no se llega a un estado de cosas en que todo el que sienta preocupación por lo que tiene más vida en la literatura del presente y del pasado, vea en nuestra Organización un protector y un guía.

FINALIDADES Y FUNCIONES

1. La finalidad de la Organización es contribuir a la paz y a la seguridad promoviendo la colaboración entre las naciones por medio de la educación, la ciencia y la cultura, a fin de asegurar el respeto universal de la justicia, de la ley, de los derechos humanos y de las libertades fundamentales para todos sin distinción de raza, sexo, lengua y religión, que la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo.

2. Para realizar esta finalidad, la Organización:

- a) promoverá el mejor conocimiento y la comprensión mutuos de las naciones prestando su colaboración a los órganos de información de las masas; para tal fin recomendará los acuerdos internacionales necesarios que estime convenientes para facilitar la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen;
- b) dará nuevo y vigoroso impulso a la educación popular y a la difusión de la cultura:

colaborando con los Estados Miembros, a solicitud de éstos, en el desarrollo de sus actividades educativas;

instituyendo la cooperación entre las naciones para fomentar el ideal de una oportunidad de educación igual para todos, sin distinción de raza, sexo, ni de condición social o económica alguna;

sugiriendo los métodos educativos más convenientes para preparar a los niños del mundo entero para las responsabilidades involucradas en la libertad;

c) contribuirá a la conservación, al progreso y a la difusión del saber:

velando por la conservación y la protección del patrimonio universal de libros, obras de arte y monumentos históricos y científicos y recomendando a los pueblos interesados las convenciones internacionales que sean necesarias para tal fin;

impulsando la cooperación entre las naciones en todas las ramas de la actividad intelectual, incluyendo el intercambio internacional de representantes de la educación, de la ciencia y de la cultura, así como el intercambio de publicaciones, obras de arte, materiales de laboratorio y de cualquiera documentación útil al respecto;

facilitando, por métodos de cooperación internacional adecuados, el acceso de todos los pueblos a lo que cada uno de ellos publique.

3. Con el propósito de asegurar la independencia, la integridad y la diversidad fecunda de las culturas y de los sistemas educativos de los Estados Miembros de esta Organización, la misma prohíbe intervenir en los asuntos que competan esencialmente a la jurisdicción interior de aquéllos.

Música

MANUEL DE FALLA

La producción de Falla crece tranquilamente entre las más fragorosas explosiones sonoras de nuestro tiempo: *Le sacre du printemps* (1913), el *Pierrot lunaire* (1912) y las 5 piezas orquestales (1913) de Schoenberg; *Parade* (1917); la *Histoire du soldat* (1918).

Falla, músico español de escuela francesa (de las *Noches en los jardines de España* hasta la inexplicable *Psyché*), no está sin embargo desvinculado de todo esto ni encerrado en la música regional por una cómoda sordera nacionalista. Francia le señala su camino, que él recorre con paso español. La estética “despojada” de Satie y los Seis —visible en su trayectoria, y tangible en el politonalismo a veces cruel del *Concerto neoclásico*— se refleja en Falla, pero es porque Falla evoluciona paralelamente y no porque compre ropa estética de medida. Falla vivió siempre “en el fondo del presente” (son palabras de su maestro Pedrell), y siguió viviendo en su tiempo; pero ya sabemos que la única manera

de hacerlo plenamente es, inexorable paradoja, vivir del pasado, aprovechando íntegramente su enseñanza. Lo que ha dado a Falla su calidad es su condición —tan española— de hombre con casta. Traer a la música moderna la apasionada familiaridad con que los clásicos españoles manejan la cosa popular, sin que sea posible ya “separar lo tradicional y lo añadido”, como en el caso de Lope; responder a su sangre, a su pasado y al de su raza, es para Falla la razón de su éxito y el secreto, al mismo tiempo, de su calidad.

Éxito y calidad, categoría y difusión: términos por desdicha generalmente disociados en la música moderna, salvo en algunos casos aislados (el del *Bolero* de Ravel, por ejemplo, y que el *précieux dégoûté* cantado por Erik Satie se tape las narices, si quiere); términos que concilia la obra de Falla, desde las *Noches en los jardines de España* al *Sombrero de tres picos*, pasando por las siete canciones y *El amor brujo*.

Pero hay algo más. Después de la guerra del 14, desde el *Retablo*, Falla sigue adelgazando su labor. No es viraje en redondo sino fidelidad, la más alta forma de la fidelidad: la fidelidad a sí mismo, a su norte celeste, no al polo magnético del éxito seguro. Es continuar con el ceñido trabajo de sus partituras, siempre inacabadas, trabajadas no con el sistema de Chabrier que, según Reynaldo Hahn, “borraba una nota para poner dos”, sino con el más intenso de sacar una para no poner nada, o a veces para volver a ponerla. Labor pretenciosa e inútil es pronosticar olvidos, reconocimientos, desquites, admiraciones por venir. Nada de eso puede —debe— hacerse en este caso, ni en otros. Lo que sí puede afirmarse ya es la permanencia de la figura ética de Falla, su lección, su trabajo, su silencio y su recato, recato que él extendió a su vida, sobre todo en sus últimos años, haciendo suyos aquellos versos del *Romeo y Julieta* de Gounod, aquel melancólico epigrama que Debussy, enfermo y cansado en años de guerra colocó como epígrafe en una de sus últimas obras:

Qui reste à sa place
Et ne danse pas,
De quelque disgrace
Fait l'aveu tout bas.

Para nosotros que lo vemos de América, Falla *resta à sa place*, se quedó en su lugar ideal, lo que no quiere decir que no lo alcanzaran “la vergüenza y el

daño que andan fuera". Pero callando nos incita a callar, sobre su vida al menos; no de su ejemplo, su vida-lección, su obra afinada cada vez más sin perder contacto con la tierra nutricia. Desdichado de quien la olvide. Desdichado también del que la siga al pie de la letra, y no al pie del espíritu. Para Falla significó, en todo momento, la verdad única y la elección justa; nosotros, hijos de otros vientos y otros cielos, no podemos recomenzarlo, pero sí debemos hacerlo nuestro, incorporarnos su ejemplo como este Maestro hizo con el de los otros maestros que lo precedieron. Y decirlo, sencillamente, simplemente, humildemente, es entregarle nuestra mejor corona.

DANIEL DEVOTO

LAS ORQUESTAS SINFÓNICAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

La característica más importante de la vida musical en los Estados Unidos es la enorme cantidad de orquestas sinfónicas que, distribuídas por todo el país, forman sólida base sobre la cual se afirma la actividad de compositores, intérpretes y editores. En efecto, más de doscientas orquestas pueden incluirse en una enumeración general, pues cada ciudad, grande o pequeña, cuenta con organismos más o menos perfectos. De este enorme conjunto sobresalen veinte orquestas que han conquistado fama internacional por su calidad y por el prestigio de sus directores estables. Resulta interesante mencionar sus nombres: Baltimore Symphony, director Reginald Stewart; Boston Symphony, Serge Koussewitzky; Chicago Symphony, Desire Defauw; Cincinnati Symphony, Eugene Goossens; Cleveland Orchestra, George Szell; Dallas City, Antal Dorati; Detroit Symphony, Karl Krueger; Indianapolis Symphony, Fabien Sevitzy; Kansas City Philharmonic, Efrem Kurtz; Los Angeles Philharmonic, Alfred Wallenstein; Minneapolis Symphony, Dimitri Mitropoulos; NBC Symphony, Arturo Toscanini; National Symphony, Hans Kindler; New Orleans Symphony, Massino Freccia; New York Philharmonic Symphony, Artur Rodzinsky; Philadelphia Orchestra, Eugene Ormandy; Pittsburgh Symphony, Fritz Reiner; Rochester Philharmonic, Howard

Hanson; St. Louis Symphony, Vladimir Golschmann; San Francisco Symphony, Pierre Monteux.

Estas orquestas funcionan como entidades privadas y cubren sus presupuestos con la venta de entradas y con las donaciones que habitualmente reciben. Aparte de las temporadas que desarrolla en la ciudad a la que pertenece, cada orquesta realiza jiras por otras ciudades. Tomemos, por ejemplo, el caso de la Orquesta de Boston durante la temporada 1946-1947. En el Symphony Hall, de Boston, dará sesenta conciertos, diez en el Carnegie Hall, de New York, y treinta en otras ciudades de menor importancia. Además, esta orquesta transmite una audición semanal por radiotelefonía, imprime grabaciones fonográficas y, durante el verano, prosigue sus temporadas del Berkshire Music Center.

Los conciertos de verano, que se realizan habitualmente al aire libre, cuentan en todos los casos con enormes masas de espectadores. A pesar de su carácter popular, pues los precios de las localidades son reducidos, el nivel artístico de los programas es muy elevado. Koussewitzky en Tanglewood, Mitropoulos en Robin Hood Dell, Rodzinsky y Szell en el Lewisohn Stadium de New York, Stokowsky en el Hollywood Bowl, dirigen conciertos en que intervienen solistas de la categoría de Arturo Rubinstein, Claudio Arrau, Fritz Kreisler, Jascha Heifetz, Lily Pons, etc. Las temporadas de verano son frecuentes en casi todas las ciudades de los Estados Unidos y se consideran un "good business". Evidentemente, conciertos que cuentan con un público de veinte mil personas no pueden producir pérdidas.

Esta constante actividad, que se prolonga durante todo el año, mantiene a las orquestas en un grado de perfección casi absoluto y al mismo tiempo hace que el repertorio habitual se ejecute continuamente y se aumente cada año con varias obras nuevas. Las sociedades contratan anualmente a solistas de fama mundial para que actúen en la temporada de sus orquestas y es común que directores de otros conjuntos o del extranjero sean invitados a dirigir varios conciertos.

La radiotelefonía contribuye a formar una gran masa de aficionados a la música transmitiendo, casi diariamente, conciertos realizados por orquestas pertenecientes a las tres cadenas de radio más importantes del país (National Broadcasting Company, Columbia Broadcasting System, American Broadcasting Company) o por las orquestas estables ya enumeradas. Estas audiciones, financiadas por empresas comerciales, tienen un valor cultural incalculable. Podemos afirmar esto con un dato estadístico: los conciertos de la N.B.C., que se realizan los

domingos por la tarde, cuentan con quince millones de oyentes, es decir, más del 10 por ciento de la población del país.

La afición de los estadounidenses por las estadísticas provoca un control casi absoluto de las diferentes actividades del individuo. Los diarios registran los "records" producidos y el lector está informado de la cantidad de pasajeros que viajan en los subterráneos de New York, del número de bañistas de Coney Island, de las personas que necesitan alojamiento. La música no escapa a ese control y así podemos informarnos de las características de los repertorios sinfónicos. Un estudio de los programas ejecutados en todo el país durante la temporada que acaba de finalizar, revela cuáles han sido los compositores cuyas obras han tenido más audiciones. Entre los viejos compositores, los cinco primeros fueron: Beethoven, Brahms, Tchaikowsky, Wagner y Mozart. Richard Strauss, Debussy, Ravel, Strawinsky y Sibelius encabezan la lista de los contemporáneos y entre los norteamericanos escuchados con más frecuencia estaban Copland, Gershwin, Gould, Piston y Antheil. La obra más ejecutada fué la Primera Sinfonía de Brahms y entre las composiciones nativas figuró en primer término "Appalachian Spring" de Copland. De los compositores incluídos en los programas el treinta por ciento eran estadounidenses; éste es un hecho que debemos señalar por su significación.

En New York, dos estrenos atrajeron la atención del público y de la crítica. Fueron éstos una "Sinfonía en tres movimientos" de Strawinsky y un oratorio titulado "When lilacs last in the dooryard bloom'd" de Hindemith. La primera audición de la Sinfonía de Strawinsky tuvo lugar en uno de los conciertos de la Orquesta Filarmónica de Nueva York bajo la dirección del autor. Consta de tres movimientos; el primero y el tercero recuerdan, por su rudeza, el período ruso de "La Consagración de la Primavera" y, por su construcción a grandes planos, la "Sinfonía de los Salmos" y "Edipo Rey". El segundo tiempo, en cambio, escrito en el estilo neoclásico tan característico del Strawinsky de los últimos años, es un delicado intermezzo entre los dos movimientos. El oratorio de Hindemith para solistas, coro y orquesta lleva por subtítulo "Requiem para aquellos a quienes amamos" y está escrito sobre un poema de Walt Whitman. Por su calidad musical y por su maestría formal, la crítica compara a este oratorio con la sinfonía "Matías, el pintor" y reconoce que la nueva obra es una de las más importantes de la música contemporánea.

La música soviética goza de gran popularidad y las obras de Prokofieff, Shostakowich y Kabalewsky figuran con regularidad en los programas. Del primero se ejecutó en varias oportunidades la "Sinfonía N° 5", op. 100, escrita según el tipo tradicional de cuatro partes. En la reciente biografía sobre Prokofieff por Israel Nestyev, el autor dice: "Escuchando la 5ª Sinfonía uno considera a esta obra como el resultado más importante de las búsquedas del compositor durante muchos años en el dominio de las formas puramente sinfónica. Así como los ríos y los arroyos fluyen hacia el mar, las anteriores composiciones de Prokofieff, sus sonatas, suites, y en parte sus óperas, nutren la imaginación y la riqueza temática de la 5ª Sinfonía, deslizándose hacia ella por docenas de cauces". Las dos suites sinfónicas del ballet "Romeo y Julieta" interesan y entusiasman. Son pequeños fragmentos llenos de vida y de color en los cuales la personalidad de Prokofieff aparece en los temas y en la rica instrumentación. En la actualidad Prokofieff se encuentra en la cumbre de su poder creador y es el músico que ocupa el lugar más prominente de la escuela rusa contemporánea.

La 5ª Sinfonía de Shostakovich, a pesar de no haber conquistado la fama de la Séptima es, sin duda su obra más importante hasta el presente. Está bien construída, llena de personalidad y con equilibradas proporciones. Es una especie de acto de fe; con esta obra recobró, después de varios años de destierro artístico, el favor del gobierno soviético, pues se la consideró como la reafirmación de su credo político. En esta temporada se ejecutó varias veces en New York.

Otras obras que se escucharon con interés fueron los Conciertos para violín y orquesta de Karol Szymanowsky y de Alban Berg, la Sinfonía N° 4 de Mahler, la "Sinfonía India" del compositor mejicano Carlos Chávez y las "Escenas de ballet" de Strawinsky. Y entre las obras de compositores norteamericanos citaremos "Appalachian Spring" y "Lincoln Portrait" de Aaron Copland, "Cánones para orquesta de cuerdas" y 2ª Sinfonía de David Diamond, "Concerto para violoncello y orquesta" de Samuel Barber, "Memories of a Child's Sunday" de Roy Harris, "Sinfonía" de Lukas Foss y la Suite del ballet "El Increíble Flautista" de Walter Piston.

ALBERTO GINASTERA

Í N D I C E

	Pág.
James Burnham y la revolución de los Directores, por <i>George Orwell</i>	7
Museo del Prado, por <i>Rafael Alberti</i>	38
El muerto, por <i>Jorge Luis Borges</i>	42
A propósito de Cantinflas, por <i>María Rosa Oliver</i>	49
DOCUMENTOS: La Gestapo en París, por <i>Jean Bloch-Michel</i>	62
El trágico fin de las tres hermanas de Kafka, por <i>H. Zylberger</i>	73

N O T A S

LIBROS: Arturo Havaux: "Tierra nueva", por <i>E. G. L.</i>	77
J. R. Wilcock: "Paseo sentimental", por <i>César Rosales</i>	80
Juan Larrea: "El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo", por <i>César Fernández Moreno</i>	83
Itinerario de postguerra, por <i>Mika Etchebehere</i>	93
Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura	97
MÚSICA: Manuel de Falla, por <i>Daniël Devoto</i>	103
Las orquestas sinfónicas en los Estados Unidos, por <i>Alberto Ginastera</i>	105

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 212.874.
Título de marca Nº 229.356.*

ESTE NÚMERO CIENTO CUARENTA Y CINCO
DE "SUR" SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
SEIS DE NOVIEMBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y SEIS EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA.